

INTRODUCCIÓN A LOS LIBROS SAPIENCIALES Y AL LIBRO DE JOB

Se da el nombre de «libros sapienciales» a cinco libros del Antiguo Testamento: Job, Proverbios, Eclesiastés, Eclesiástico y Sabiduría. Se les suele añadir con bastante impropiedad los Salmos y el Cantar de los Cantares. Representan una corriente de pensamiento que se halla también en una parte de los libros de Tobías y Baruc.

Esta literatura sapiencial floreció en todo el Antiguo Oriente. Egipto produjo escritos de sabiduría a lo largo de su historia. En Mesopotamia, desde la época sumeria, se compusieron proverbios, fábulas y poemas sobre el sufrimiento, que se han comparado con Job. Esta sabiduría mesopotámica llegó a Canaán: se han encontrado en Ras Samra textos sapienciales escritos en acádico. La Sabiduría de Ajicar, que es de origen asirio y que fue traducida a varias lenguas antiguas, procede de ambientes de lengua aramea. Esta sabiduría es internacional. Manifiesta pocas preocupaciones religiosas y se desenvuelve en el orden profano. Ilustra el destino de los individuos, no por medio de una reflexión filosófica al estilo de los griegos, sino recogiendo los frutos de la experiencia. Es un arte de bien vivir y una señal de buena educación. Enseña al hombre a acomodarse al orden del universo y debería darle los medios para ser feliz y prosperar. Pero esto no siempre ocurre, y esta experiencia justifica el pesimismo de algunas obras de sabiduría, tanto en Egipto como en Mesopotamia.

Los israelitas conocieron esta sabiduría. El mayor elogio que la Biblia cree hacer de la sabiduría de Salomón es que superaba a la de los hijos de Oriente y a la de Egipto, 1 R 5 10. Los sabios árabes y edomitas gozaban de renombre, Jr 49 7; Ba 3 22-23; Ab 8. Job y los tres sabios, amigos suyos, viven en Edom. El autor de Tobías conocía la Sabiduría de Ajicar, y Pr 22 17 - 23 11 sigue de cerca las máximas egipcias de Amenemope. A Hemán y Etán, sabios de Canaán, se les atribuye varios salmos, según 1 R 5 11. El libro de los Proverbios contiene las Palabras de Agur, Pr 30 1-14, y las Palabras de Lemuel, Pr 31 1-9, poemas originarios de Masá, tribu del norte de Arabia, Gn 25 14.

No es de extrañar que las primeras obras sapienciales de Israel se asemejen en gran medida a las de sus vecinos: todos ellos proceden del mismo suelo. Las partes antiguas de los Proverbios apenas contienen otra cosa que preceptos de sabiduría humana. Con la excepción del Eclesiástico y de la Sabiduría, que son los más recientes, los libros sapienciales no abordan los grandes temas del Antiguo Testamento: la Ley, la Alianza, la Elección, la Salvación. Los sabios de Israel no muestran inquietud por la historia y el futuro de su

pueblo, sino que escrutan el destino de los individuos, como sus colegas orientales. Pero lo consideran bajo un punto de vista más elevado, el de la religión yahvista. Por esto, y a pesar del origen común y de tantas semejanzas, existe en favor de la sabiduría israelita una diferencia esencial que se acentúa con el progreso de la revelación. En efecto, la oposición sabiduría-locura se trueca en oposición entre justicia e iniquidad, entre piedad e impiedad. La verdadera sabiduría es efectivamente el temor de Dios, y el temor de Dios es la piedad. Si la sabiduría oriental es un humanismo, podría decirse que la sabiduría israelita es un «humanismo devoto».

Pero este valor religioso de la sabiduría ha venido aflorando poco a poco. El término hebreo más usado referente a la sabiduría tiene un sentido complejo: puede designar la habilidad manual o profesional, el sentido político, el discernimiento y también la astucia, el acierto, el arte de la magia. Esta sabiduría humana puede ejercerse para el bien y para el mal, y esta ambigüedad justifica los juicios desfavorables que los profetas pronuncian sobre los sabios, por ejemplo, Is 5 21; 29 14; Jr 8 9. Esa ambigüedad puede explicar también que se haya tardado tanto en hablar de la sabiduría de Yahvé, aunque sea Yahvé quien se la da a los hombres (si bien ya en Ugarit la sabiduría era el atributo del gran dios El). Únicamente en escritos postexílicos se llegará a decir que sólo Dios es sabio, con una sabiduría trascendente que el hombre ve actuando en la creación, pero que él no es capaz de escrutar, Jb 28; 38-39; Si 1 1-10; 16 24s; 39 12s; 42 15 - 43 33, etc. En el gran prólogo que encabeza Proverbios, Pr 1-9, la Sabiduría divina habla como una persona, está a la vez presente en Dios desde la eternidad y actúa con él en la creación, sobre todo Pr 8 22-31. En Job 28, aparece como distinta de Dios, que es el único que sabe dónde se oculta aquella. En Si 24, la propia Sabiduría dice de sí que procede de la boca del Altísimo, que mora en los cielos y que Yahvé la envía a Israel. En Sb 7 22 - 8 1, es una emanación de la gloria del Omnipotente, una imagen de su bondad. Así, la Sabiduría, atributo de Dios, se separa de él y se convierte casi en una hipóstasis. En el ámbito de la fe del Antiguo Testamento, estas expresiones tan vigorosas rebasan los límites de una personificación literaria, pero mantienen su misterio y preparan la revelación de las Personas Divinas. El Logos de San Juan está a la vez, como esta Sabiduría, en Dios y fuera de Dios, y todos estos grandes textos justifican el título de «Sabiduría de Dios» que san Pablo da a Cristo, 1 Co 1 24.

Como el destino de los individuos era la preocupación dominante de los sabios, el problema de la retribución tenía para ellos una importancia capital. Y la doctrina evoluciona en su ambiente y por su reflexión. En las

partes antiguas de Proverbios, la sabiduría, es decir, la justicia, lleva necesariamente a la felicidad, y la locura, es decir, la iniquidad lleva a la ruina. Dios es quien premia así a los buenos y castiga a los malos. Ésta es todavía la posición del prólogo de los Proverbios, 3 33-35; 9 6 y 18. Esta doctrina es, por consiguiente, el fundamento de la enseñanza de sabiduría y se deduce del hecho de que el mundo es gobernado por un Dios sabio y justo. Trata de recurrir a la experiencia, pero la experiencia la contradice a menudo. Esto es lo que expone de una manera dramática el libro de Job, en el que los tres amigos defienden la tesis tradicional. Mas para el problema del justo desgraciado no hay respuesta que satisfaga al espíritu, si nos atenemos a la retribución terrena; no hay más remedio que adherirse a Dios por la fe, a pesar de todo. El Eclesiastés, por muy diferente que sea su tono, no da una solución distinta; subraya igualmente la insuficiencia de las respuestas corrientes, y niega que sea posible pedir cuentas a Dios y exigir la felicidad como algo debido. El Eclesiástico sigue fiel a la misma doctrina, exalta la felicidad del sabio, 14 20 - 15 10, pero le obsesiona la idea de la muerte y sabe que todo depende de esta última hora: dice que «es fácil al Señor, el día de la muerte, pagar a cada uno según su proceder», 11 26, ver 1 13; 7 36; 28 6; 41 9. Presiente la doctrina de los «novísimos», pero no la expresa claramente. Poco después de él, Dn 12 2 formulará explícitamente la fe en una retribución de ultratumba, y esta fe estará en él unida a la fe en la resurrección de los muertos, ya que la mentalidad hebrea no concibe una vida del espíritu separado de la carne. En el Judaísmo alejandrino, el progreso se realizará por camino paralelo y avanzará aún más. Como la filosofía platónica había liberado al pensamiento hebreo de sus ataduras con la teoría del alma inmortal, el libro de la Sabiduría afirma que «Dios creó al hombre incorruptible», 2 23, y que el alma fiel gozará, después de la muerte, de una felicidad sin fin junto a Dios, mientras que los impíos recibirán su castigo, 3 1-12. Al fin se ha dado la respuesta al gran problema de los sabios de Israel.

La forma más simple y más antigua de la literatura sapiencial es el *mâšâl*. Este es, en plural, el título del libro que nosotros llamamos «Proverbios». El *mâšâl* es, más exactamente, una fórmula sorprendente que cautiva la atención, un dicho popular o una máxima. Las colecciones antiguas de los Proverbios sólo contienen sentencias breves. Luego, el *mâšâl* se desarrolla, se hace parábola o alegoría, discurso o razonamiento. Esta evolución, sensible ya en las pequeñas secciones añadidas a los Proverbios y más aún en el prólogo, Pr 1-9, se precipita en los libros siguientes: Job o la Sabiduría son grandes obras literarias.

Por encima de todas estas formas literarias, aun las más simples, el origen de la sabiduría ha de buscarse en la vida de familia o de clan. Las observaciones sobre la naturaleza y sobre los hombres, acumuladas de generación en generación, se expresaron en sentencias, en dichos de campesinos, en breves apólogos, que contenían una aplicación moral y que servían de reglas de conducta. El mismo origen puede atribuirse a las primeras formulaciones del derecho consuetudinario, que en ocasiones coinciden, en su contenido y no solamente en su forma, con las sentencias de sabiduría. Esta corriente de la sabiduría popular prosiguió paralelamente a la formación de las colecciones sapienciales. De aquélla provienen, por ejemplo, los proverbios de 1 S 24 14; 1 R 20 11, la fábula de Jc 9 8-15 y la de 2 R 14 9, y los profetas mismos los han utilizado, por ejemplo, Is 28 24-28; Jr 17 5-11.

La brevedad de las sentencias, que así se imprimen en la memoria, las hacía aptas para la enseñanza oral. El padre o la madre se las enseña a su hijo, Pr 1 8; 4 1; 31 1; Si 3 1, y el maestro seguirá llamando «hijo» al discípulo a quien forma, porque los sabios hacen escuela, Si 51 23, 26; ver Pr 7 1s; 9 1s. La sabiduría se convierte en privilegio de la clase instruida, y por lo mismo de la que también sabe escribir; sabios y escribas aparecen juntos en Jr 8 8-9, y Si 38 24 - 39 11 ensalza el oficio de escriba, que le permite adquirir la sabiduría, contraponiéndolo a los oficios manuales. De entre los escribas designaba el rey a sus funcionarios, y en la corte se desarrollaron antes que en sitio alguno las doctrinas de sabiduría. Todos estos rasgos tienen sus paralelos exactos en los demás ambientes de la sabiduría oriental, en Egipto o en Mesopotamia. Una de las colecciones salomónicas de los Proverbios fue recopilada por «los hombres de Ezequías, rey de Judá», Pr 25 1. Pero tales sabios no eran sólo coleccionistas de máximas antiguas; también las escribían. Podemos considerar escritos de sabiduría (con ciertas reservas) dos obras literarias compuestas probablemente en la corte de Salomón, la historia de José y la de la sucesión al trono de David. El ambiente de los sabios es, pues, muy diferente de aquellos de los que han salido los escritos sacerdotales y los escritos proféticos, y Jr 18 18 enumera como tres clases a sacerdotes, sabios y profetas. Diferentes son sus preocupaciones: los sabios no tienen interés especial en el culto y no parecen conmoverse ante las calamidades de su pueblo ni atormentarse con la gran esperanza que le sostiene. Pero, a partir del Destierro, estas tres corrientes confluyen. El prólogo de Proverbios adquiere un tono de predicación profética; el Eclesiástico, 44-49, y la Sabiduría, 10-19, meditan largamente sobre la Historia Sagrada; el Eclesiástico venera el sacerdocio, se muestra fervoroso del culto, finalmente identifica la Sabiduría con la Ley, Si 24 23-

24: es la alianza entre el escriba (o el sabio) y el doctor de la Ley que encontraremos en los tiempos evangélicos.

Aquí llegamos, en el Antiguo Testamento, al término de un largo camino, en cuyo arranque estaba Salomón. También en este aspecto hallamos paralelos orientales: dos escritos de la sabiduría egipcia eran considerados como las enseñanzas que un Faraón había dado a su hijo. Desde 1 R 5 9-14, ver 3 9-12 y 28; 10 1-9, hasta Si 47 12-17, Salomón fue alabado como el sabio más grande de Israel, y se le atribuyen las dos colecciones más importantes y más antiguas de Proverbios, 10-22 y 2529; esto explica el título que se da a todo el libro, Pr 1. Bajo su patrocinio se pusieron asimismo el Eclesiastés, la Sabiduría y el Cantar de los Cantares. Toda esta enseñanza gradualmente dispensada al pueblo elegido preparaba la revelación de la Sabiduría Encarnada. Pero «aquí hay algo más que Salomón», Mt 12 42.

EL LIBRO DE JOB

El libro de Job constituye la obra maestra literaria del movimiento sapiencial en Israel. Comienza con una narración en prosa. Erase una vez un siervo de Yahvé, llamado Job, que vivía rico y feliz. Dios permitió a Satán que lo probara para ver si seguía siendo fiel a pesar de su infortunio. Herido primero en sus bienes y sus hijos, Job acepta que Yahvé se tome lo que le había dado. Herido en su carne con una enfermedad repugnante y dolorosa, Job sigue sumiso y rechaza a su mujer, que le aconseja maldecir a Dios. Luego, llegan tres amigos suyos a compadecerle: Elifaz, Bildad y Sofar, 1-2. Después de este prólogo se inicia un amplio diálogo poético que forma el cuerpo del libro. Primero es una conversación entre cuatro: en tres ciclos de discursos, 3-14, 15-21, 22-27, Job y sus amigos contraponen sus concepciones de la justicia divina; las ideas avanzan aparentemente sin excesiva sujeción a un plan, gracias a una luz que se concentra intensamente sobre los principios establecidos ya desde el comienzo. Elifaz habla con la moderación de la edad y también con la severidad que puede dar una larga experiencia de lo que son los hombres; Sofar se deja llevar por arrebatos de la juventud; Bildad es un hombre sentencioso que se mantiene en un término medio. Pero los tres defienden por igual la tesis tradicional de la retribución terrestre: si Job sufre, es que ha pecado; puede creerse justo en su fuero interno, pero no lo es a los ojos de Dios. Ante las protestas de inocencia de Job, se limitan a endurecer su postura. A estas consideraciones teóricas, Job opone su dolorosa experiencia y las injusticias que llenan el mundo. Lo repite sin cesar, y sin cesar choca con el misterio de un Dios justo que aflige al justo. No avanza, forcejea en la noche. En su confusión moral tiene gritos de rebeldía y

palabras de sumisión, al igual que tiene momentos de crisis y de alivio en su sufrimiento físico. Este movimiento alternativo alcanza dos cumbres: el acto de fe del cap. 19 y la protesta final de inocencia del cap. 31. Entonces interviene un nuevo personaje, Elihu, quien a la vez desautoriza a Job y a sus amigos y trata de justificar la conducta de Dios con una elocuencia difusa, 32- 37. Le interrumpe el propio Yahvé, que responde a Job «desde la tormenta», es decir, en el marco de las antiguas teofanías, o que más bien se niega a responder, porque el hombre no tiene derecho a juzgar a Dios, que es infinitamente sabio y omnipotente, y Job reconoce que ha hablado neciamente, 38 1 - 42 6. El libro concluye con un epílogo en prosa: Yahvé censura a los tres interlocutores de Job y devuelve a éste hijos e hijas, junto con sus bienes duplicados, 42 7-17.

El personaje principal de este drama, Job, es un héroe de los viejos tiempos, Ez 14 14,20, que se supone vivió en la época patriarcal, en los confines de Arabia y del país de Edom, en una región cuyos sabios eran célebres, Jr 49 7; Ba 3 22-23; Ab 8, y de donde también proceden sus tres amigos. La tradición le consideraba como un gran justo, ver Ez 14, que se había mantenido fiel a Dios en una prueba excepcional. El autor se ha servido de esta vieja historia para encuadrar su libro y, a pesar de las diferencias de estilo y de tono, el diálogo poético no ha podido existir sin el prólogo y el epílogo en prosa.

Se ha impugnado la autenticidad de algunos pasajes dentro del diálogo. El poema sobre la Sabiduría, 28, difícilmente puede ponerse en labios de Job, puesto que contiene una noción de la sabiduría que no es la de Job ni sus amigos; por el contrario, tiene afinidades con el discurso de Yahvé, 38-39. Pero es una obra que procede del mismo medio ambiente y que ha sido compuesta al margen del libro; no es posible señalar por qué ha sido colocada precisamente en este lugar, donde no tiene conexión alguna con el contexto. También se ha dudado de que los discursos de Yahvé, 38-41, pertenezcan al poema primitivo; pero esta hipótesis no ha entendido el sentido del libro: estos discursos dan al problema la única solución que el autor entreveía, la del misterio de las acciones de Dios, precisamente porque no tienen en cuenta la discusión que ha precedido ni el caso particular de Job y porque transfieren el debate del plano humano al plano puramente divino. Algunos querrían descartar al menos, dentro de esta sección, el pasaje sobre el avestruz, 39 13-18, y las largas descripciones de Behemot y de Leviatán, 40 15 - 41 26. Si se suprimen estas descripciones de los dos animales exóticos no queda apenas nada del segundo discurso de Yahvé: al principio sólo habría existido un único discurso que se habría ampliado y dividido en dos mediante una primera y breve respuesta de Job, 41 3-5. La hipótesis es atrayente, pero no hay razón alguna decisiva en su

JOB

favor, y la cuestión tiene una importancia secundaria. Finalmente, hay un cierto desorden en el tercer ciclo de los discursos, 24-27, que puede explicarse por accidentes de la tradición manuscrita o por retoques redaccionales.

La autenticidad de los discursos de Elihú, 32-37, encierra mayor dificultad. El personaje interviene súbitamente, sin haber sido anunciado, y Yahvé, que le interrumpe, no le tiene en cuenta. Esto es tanto más extraño cuanto que Elihú ha anticipado parte del contenido de los discursos de Yahvé; incluso produce la impresión de querer completarlos. Por otra parte, repite inútilmente lo que han dicho los tres amigos. Y en fin, el vocabulario y el estilo son distintos, y los aramaismos son mucho más frecuentes que en otras partes. Parece, pues, que esos capítulos han sido añadidos al libro, y por distinto autor. Pero también aportan su contribución doctrinal.

No conocemos al autor de Job más que por la obra maestra que ha compuesto. Se ve en ella que ciertamente era un israelita nutrido en las obras de los profetas y en las enseñanzas de los sabios. Vivía muy probablemente en Palestina, pero debió de viajar o residir en el extranjero, especialmente en Egipto. Sobre la fecha en que vivió sólo tenemos hipótesis. El tono patriarcal de la narración en prosa hizo creer a los antiguos que el libro era obra de Moisés, como el Génesis. Pero el argumento, de todos modos, sólo valdría para el marco del poema, y ese colorido se explica suficientemente como una herencia de la tradición o como un remedo literario. El libro es posterior a Jeremías y Ezequiel, con los que tiene contactos de expresión y de pensamiento, y su lenguaje está fuertemente impregnado de aramaismos. Esto nos sitúa después del Destierro, en un momento en que la obsesión por la suerte de la nación es sustituida por la preocupación del destino individual. La fecha más indicada, pero sin razones decisivas, es el comienzo del siglo V antes de nuestra era.

El autor considera el caso de un justo que sufre. Para la doctrina corriente de la retribución terrena, semejante caso sería una paradoja irreal: el hombre recibe aquí abajo el premio o el castigo de sus obras. En el plano colectivo, la norma está claramente propuesta por los grandes textos de Dt 28 y Lv 26; los libros de los Jueces y los Reyes muestran cómo se aplica el principio a lo largo de la historia, y la predicación profética lo presupone constantemente. La noción de la responsabilidad individual, latente ya y en ocasiones expresada, Dt 24 16; Jr 31 29-30; 2 R 14 6, está claramente expuesta por Ez 18. Pero el mismo Ezequiel se atiene a la retribución terrena y, con ello, incurre en el mentís flagrante de los hechos. Puede aceptarse, en una perspectiva de solidaridad, que los pecados de la colectividad se impongan, que los justos sean castigados con los malvados. Mas si cada uno ha de ser tratado conforme a sus obras, ¿cómo es posible

que sufra un justo? Ahora bien, hay justos que sufren, y cruelmente; testigo es Job. El lector sabe ya, por el prólogo, que los males de aquél vienen de Satán y no de Dios, y que tratan de probar su fidelidad. Pero Job no lo sabe, ni tampoco sus amigos. Éstos dan las respuestas tradicionales: la felicidad de los malos es de breve duración, ver Sal 37 y 73, el infortunio de los justos prueba su virtud, ver Gn 22 12, o bien la pena es castigo de faltas cometidas por ignorancia o por debilidad, ver Sal 19 13; 25 7. Esto, mientras creen en la inocencia relativa de Job; pero los gritos que el dolor le arranca y sus arrebatos contra Dios les llevan a admitir en él un estado de injusticia mucho más profundo: los males que Job padece no pueden explicarse más que como castigo de pecados graves. Los discursos de Elihú ahondan en estas soluciones: si Dios aflige a los que parecen justos, es para hacerles expiar pecados de omisión o faltas inadvertidas o bien —y ésta es la aportación más original de estos capítulos— para prevenir faltas más graves y curar el orgullo. Pero Elihú mantiene como los tres amigos, si bien con menor dureza, la conexión entre el sufrimiento y el pecado personal.

Contra esta rigurosa correlación se alza Job con toda la fuerza de su inocencia. No niega la retribución terrena; la espera, y Dios se la concederá finalmente en el epílogo. Mas para él resulta un escándalo el que le sea negada actualmente, y en vano busca el significado de su prueba. Lucha desesperadamente para encontrar a Dios, que se le oculta y a quien sigue creyendo bueno. Y cuando Dios interviene, lo hace para revelar la trascendencia de su ser y de sus designios y para reducir a silencio a Job. Ésta es la lección religiosa del libro: el hombre debe persistir en la fe incluso cuando su espíritu no encuentra sosiego. En aquella etapa de la revelación, el autor del libro de Job no podía avanzar más. Para esclarecer el misterio del dolor inocente, era necesario esperar hasta que llegase la seguridad de las sanciones de ultratumba y se conociese el valor del sufrimiento de los hombres unido al sufrimiento de Cristo. Dos textos de San Pablo responderán al angustioso problema de Job: «Los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros», Rm 8 18, y «completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia», Col 1 24.

LIBRO DE JOB

I. Prólogo

Satán prueba a Job.

1 ¹ Érase una vez un hombre llamado Job, que vivía en el país de Us. Era un hombre íntegro y recto, temeroso de Dios y apartado del mal. ² Tenía siete hijos y tres hijas. ³ Poseía siete mil ovejas, tres mil camellos y quinientas yuntas de bueyes, quinientas burras y numerosos siervos. Era el más rico de toda la gente de Oriente. ⁴ Sus hijos tenían por costumbre juntarse para comer en casa de uno de ellos, por turnos; y mandaban llamar a las tres hermanas para que comieran con ellos. ⁵ Una vez acabados estos días de fiesta, Job los llamaba para purificarlos; al día siguiente, de madrugada, ofrecía un holocausto por cada uno de ellos, pues pensaba que a lo mejor habían pecado maldiciendo a Dios en su interior. Siempre hacía lo mismo.

⁶ Un día en que los hijos de Dios fueron a presentarse ante Yahvé, apareció también entre ellos el Satán. ⁷ Dijo entonces Yahvé al Satán: «¿De dónde vienes?». El Satán respondió: «De dar vueltas por la tierra y pasearme por ella». ⁸ Yahvé replicó al Satán: «¿Te has fijado en mi siervo Job? No hay nadie como él en la tierra: es un hombre íntegro y recto, temeroso de Dios y apartado del mal». ⁹ Respondió el Satán a Yahvé: «¿Te crees que Job teme a Dios por nada? ¹⁰ ¿No ves que lo has rodeado de protección, a él, a su familia y a todas sus posesiones? Has bendecido sus actividades y sus rebaños se extienden por el país. ¹¹ Pero trata de poner la mano en sus posesiones; te apuesto a que te maldice a la cara». ¹² Contestó Yahvé al Satán: «De acuerdo. Métete con sus posesiones, pero no le pongas la mano encima». Y el Satán salió de la presencia de Yahvé.

¹³ Un día en que sus hijos e hijas comían y bebían en casa de su hermano mayor, ¹⁴ llegó un mensajero donde Job diciendo: «Estaban los bueyes arando y las burras pastando al lado, ¹⁵ y de pronto han caído sobre ellos los sabeos y se los han llevado, después de haber matado a los siervos a filo de espada. Sólo yo he podido escapar para contártelo». ¹⁶ Todavía estaba éste hablando, cuando llegó otro con el siguiente mensaje: «Ha caído del cielo fuego de Dios y ha pegado fuego y consumido a las ovejas y a los pastores. Sólo yo he podido escapar para contártelo». ¹⁷ Todavía estaba éste hablando, cuando llegó otro con el siguiente mensaje: «Los caldeos, divididos en tres grupos, se han echado

sobre los camellos y se los han llevado, después de haber matado a los siervos a filo de espada. Sólo yo he podido escapar para contártelo». ¹⁸ Todavía estaba éste hablando, cuando llegó otro con el siguiente mensaje: «Tus hijos e hijas estaban comiendo y bebiendo en casa del hermano mayor; ¹⁹ de repente, un viento huracanado del otro lado del desierto ha embestido contra los cuatro ángulos de la casa, que se ha derrumbado sobre los jóvenes y han muerto. Sólo yo he podido escapar para contártelo». ²⁰ Se levantó Job, rasgó su manto y se rapó la cabeza; después cayó en tierra en actitud humillada ²¹ y dijo:

«Desnudo salí del seno materno y desnudo volveré a él.

Yahvé me lo ha dado y Yahvé me lo ha quitado.

Bendito sea el nombre de Yahvé».

²² A pesar de todo, Job no pecó ni imputó nada indigno a Dios.

2 ¹ Un día en que los hijos de Dios fueron a presentarse ante Yahvé, apareció también entre ellos el Satán. ² Dijo Yahvé al Satán: «¿De dónde vienes?». Respondió: «De dar vueltas por la tierra y pasearme por ella». ³ Yahvé replicó al Satán: «¿Te has fijado en mi siervo Job? No hay nadie como él en la tierra: es un hombre íntegro y recto, temeroso de Dios y apartado del mal. A pesar de todo, persevera en su integridad; y eso que me has incitado para que lo destruya sin motivo». ⁴ Contestó el Satán a Yahvé: «Piel tras piel. El hombre da por su vida todo lo que tiene. ⁵ Pero trata de ponerle la mano encima, dáselo en los huesos y en la carne; te apuesto a que te maldice a la cara». ⁶ Respondió Yahvé al Satán: «Lo dejo en tus manos, pero respeta su vida». ⁷ El Satán salió de la presencia de Yahvé.

E hirió a Job con úlceras malignas, desde la planta del pie hasta la coronilla. ⁸ Job se sentó en el polvo y cogió un cascote para arrascarse con él. ⁹ Su mujer le dijo entonces: «¿Aún persistes en tu integridad? Maldice a Dios y muérete». ¹⁰ Job le respondió: «Hablas como una necia. ¡Resulta que estamos dispuestos a recibir de Dios lo bueno y no lo estamos para recibir lo malo!». A pesar de todo, Job no pecó con sus labios.

¹¹ Tres amigos de Job se enteraron de la desgracia que le había sobrevenido y acudieron desde sus respectivos países. Eran Elifaz de Temán, Bildad de Súaj y Sofar de Naamat. Los tres se pusieron de acuerdo para ir a compartir su pena y consolarlo. ¹² Al verlo de lejos, no lo reconocieron. Empezaron entonces a llorar a gritos, rasgaron sus mantos y echaron polvo sobre sus cabezas. ¹³ Se sentaron en el suelo a

JOB

su lado durante siete días y siete noches, sin decirle una sola palabra, viendo su terrible dolor.

II. Diálogo

1. PRIMER CICLO DE DISCURSOS

Job maldice el día de su nacimiento.

3 ¹ Finalmente Job empezó a hablar y maldijo el día de su nacimiento ² con estas palabras:

³ Muera el día en que nací, la noche que anunció: «¡Ha sido concebido un varón!».

⁴ Que ese día se vuelva tinieblas, que Dios, desde lo alto, no lo eche en falta, que la luz no brille sobre él.

⁵ Que lo reclamen tinieblas y densas sombras, que una nube se cierna sobre él, que un eclipse lo aterrorice.

⁶ Sí, que la oscuridad se apodere de él, que no se sume a los días del año, ni entre en el cómputo de los meses.

⁷ Que esa noche sea estéril, vacía de gritos de júbilo.

⁸ Que la maldigan los que maldicen los días, los expertos en despertar a Leviatán.

⁹ Que se ofusquen las estrellas de su aurora, que espere en vano la luz

y no contemple el parpadeo del alba, ¹⁰ por no haberme cerrado las puertas del vientre y no haber evitado el sufrimiento a mis ojos.

¹¹ ¿Por qué no morí antes de nacer o salí del vientre ya cadáver?

¹² ¿Por qué me recogieron dos rodillas, dos pechos para amamantarme?

¹³ Ahora reposaría en paz, ahora dormiría tranquilo

¹⁴ con los reyes y consejeros de la tierra que se hacen construir mausoleos,

¹⁵ o con los príncipes que abundan en oro, que llenan de plata sus tumbas.

¹⁶ Como aborto ignorado, no existiría, como niño que no llega a ver la luz.

¹⁷ Allí acaba la agitación de los malvados, allí reposa la gente ya sin fuerzas.

¹⁸ Hasta los prisioneros descansan en paz, sin oír los gritos del capataz.

¹⁹ Allí van a parar pequeños y grandes, allí el esclavo se libra de su dueño.

²⁰ ¿Por qué dio luz a un desdichado, vida a los que viven amargados,

²¹ que suspiran en vano por la muerte

y la buscan con más ansia que a un tesoro, ²² que gozarían ante el túmulo funerario

y se alegrarían al encontrar la tumba,

²³ a los hombres carentes de futuro porque Dios les ha cerrado el paso?

²⁴ En vez de pan, me encuentro con sollozos, derramo suspiros como agua.

²⁵ Me sucede lo que más temía, me encuentro con lo que más me aterraba.

²⁶ Carezco de paz y tranquilidad, no descanso, todo es sobresalto.

Confianza en Dios.

4 ¹ Elifaz de Temán respondió así:

² ¿Aguantarás si alguien te dirige la palabra? ¡Pero es que no se puede guardar silencio!

³ Tú que a tantos dabas lecciones, que fortalecías los brazos débiles;

⁴ tus consejos animaban al vacilante, robustecías las rodillas inseguras.

⁵ ¿Y ahora que te toca no aguantas, te llega el turno y te espantas?

⁶ ¿No era tu piedad tu confianza, no era tu integridad tu esperanza?

⁷ Recuerda: ¿qué inocente ha perecido? ¿Dónde has visto al justo exterminado?

⁸ Soy testigo: quienes cultivan maldad y siembran desgracia, las cosechan.

⁹ Ante el aliento de Dios perecen, ante el soplo de su cólera fenecen.

¹⁰ Ruge el león, gruñe la fiera, pero a los cachorros les arrancan los dientes.

¹¹ Muere el león por falta de presa, las crías de la leona se dispersan.

¹² He tenido una revelación furtiva, mis oídos han captado su susurro.

¹³ Cuando las visiones nocturnas provocan ansiedad,

cuando los hombres se rinden al sopor, ¹⁴ fui presa de terror y agitación,

que estremecieron todo mi cuerpo. ¹⁵ Se deslizó por mi rostro un viento

que erizó el vello de mi cuerpo. ¹⁶ ... Se alzó. No reconocí su rostro,

pero su imagen seguía ante mis ojos. Silencio... Después oí una voz:

¹⁷ «¿Puede un mortal ser justo ante Dios, puro un hombre ante su Hacedor?

¹⁸ Si ni siquiera confía en sus siervos y hasta en sus mensajeros percibe defectos,

¹⁹ ¿qué decir de los que viven entre adobes, en casas construidas sobre el polvo?

Se les aplasta lo mismo que a polilla, ²⁰ de la mañana a la noche se derrumban,

desaparecen y nadie lo advierte.

²¹ Les arrancan las cuerdas de su tienda, mueren desprovistos de sabiduría».

5 ¹ Grita ahora, a ver si te responden, ¿a qué santo vas a recurrir?

² Cierto que el despecho mata al insensato, que la pasión acaba con el necio.

³ He visto a un insensato echar raíces
y de pronto malograrse su morada,
⁴ a sus hijos metidos en apuros,
acosados en la puerta sin defensor.
⁵ Su cosecha la come el hambriento,
pues Dios se la quita de entre los dientes;
el sediento se bebe su patrimonio.
⁶ No sale del polvo la miseria,
ni el sufrimiento brota del suelo.
⁷ Es el hombre quien nace para sufrir,
como las chispas para alzar el vuelo.
⁸ Yo que tú acudiría a Dios,
a Dios expondría mi causa.
⁹ Él hace prodigios insondables,
maravillas innumerables.
¹⁰ Derrama la lluvia sobre la tierra,
envía el agua a los campos,
¹¹ pone a los humildes en la altura,
a los afligidos en lugar seguro.
¹² Arruina los planes de los astutos
para que no prosperen sus intrigas.
¹³ Enreda en su astucia a los sabios,
los planes de los taimados fracasan.
¹⁴ En pleno día tropiezan con tinieblas,
van a tientas de día como de noche.
¹⁵ Él arranca de su boca al hombre arruinado,
al pobre de la mano opresora.
¹⁶ El débil renace a la esperanza
y la maldad cierra su boca.
¹⁷ ¡Dichosa la persona a quien Dios corrige!
No desprecies la lección de Shaddai,
¹⁸ porque hiere y pone la venda,
golpea y él mismo sana;
¹⁹ te libra seis veces de la angustia,
y una séptima te evita el dolor.
²⁰ En plena carestía te salvará de la muerte,
en plena batalla, de la espada.
²¹ Estarás al abrigo del látigo de la lengua,
no temerás la desgracia que amenaza.
²² De desgracia y carestía te reirás,
de las fieras salvajes nunca temerás.
²³ Pactarás con los espíritus campestres,
con las bestias salvajes vivirás en paz.
²⁴ Gustarás de la paz de tu tienda,
visitarás tu propiedad y estará todo en orden.
²⁵ Conocerás numerosos descendientes,
retoñarán como hierba del campo.
²⁶ Bajarás a la tumba bien maduro,
como gavilla de trigo en sazón.
²⁷ Esto lo tenemos comprobado; así es la cosa.
Escúchalo y saca tu lección.

El hombre rendido sólo conoce su miseria.

⁶ ¹ Job respondió así:
² ¡Si se pudiese pesar mi aflicción,
todos mis males en una balanza!
³ Pesarían más que la arena del mar,

por eso mis palabras desatinan.
⁴ Tengo clavadas las flechas de Shaddai,
mi vida absorbe su veneno,
me hacen frente los terrores de Dios.
⁵ ¿Rebuzna el onagro ante la hierba?,
¿muge el buey ante el forraje?
⁶ ¿Come alguien lo soso sin sal?,
¿tiene sabor la clara del huevo?
⁷ Lo que me daba asco catar
es ahora mi comida de enfermo.
⁸ Ojalá se cumpla mi deseo
y Dios responda a mi esperanza,
⁹ que tenga a bien aplastarme,
dejarme de su mano y rematarme.
¹⁰ Tendría al menos un consuelo:
torturado sin piedad, exultaría,
pues nunca he rechazado los decretos del Santo.
¹¹ ¿Me quedan fuerzas para aguantar?,
¿tengo una meta a la que aspirar?
¹² ¿Es mi fuerza la de las rocas?,
¿es mi cuerpo de bronce?
¹³ Ya no sé dónde apoyarme,
estoy aislado y sin ayuda.
¹⁴ Quien retira la compasión al prójimo
abandona el temor de Shaddai.
¹⁵ Mis hermanos engañan lo mismo que un
torrente,
como cursos de agua después de la crecida:
¹⁶ bajan turbios a causa del deshielo,
cuando sobre ellos se funde la nieve,
¹⁷ pero en tiempo de estiaje se secan,
con el calor se evaporan sus cauces.
¹⁸ Desvían de su ruta a las caravanas,
se adentran en el desierto y desaparecen.
¹⁹ Los otean las caravanas de Temá,
van en su busca los convoyes de Saba,
²⁰ mas su esperanza se ve defraudada,
llegan allí y quedan decepcionados.
²¹ Así sois ahora para mí:
veis mi horror y lo teméis.
²² ¿He dicho acaso: «Dadme algo,
poned a mi servicio vuestros bienes;
²³ libradme de manos del opresor,
de manos del violento rescatadme?»
²⁴ Instruidme y guardaré silencio,
hacedme ver dónde está mi error.
²⁵ Las palabras razonables se escuchan a gusto,
pero, ¿qué critican vuestras críticas?
²⁶ ¿Intentáis refutar mis palabras,
voces desesperadas que arrebatara el viento?
²⁷ ¡Seríais capaces de sortear un huérfano,
de especular con vuestro propio amigo!
²⁸ Pero tened a bien mirarme,
que no os mentiré a la cara.
²⁹ ¡Volveos, juguemos limpio,
volveos, que va en ello mi inocencia!
³⁰ ¿Encontráis falsedad en mis labios?,

JOB

¿no distingue mi boca el infortunio?

7 ¹ El hombre en la tierra cumple un servicio,
vida de mercenario es su vida;
² como esclavo, suspira por la sombra,
como jornalero, aguarda su soldada.
³ También yo comparto meses baldíos,
noches de agobio me tocan en suerte.
⁴ Al acostarme pienso: «¿Cuándo llegará el
día?»,
y al levantarme: «¿Cuándo se hará de noche?
Me harto de pesadillas hasta el alba.
⁵ Me cubren la carne gusanos y costras,
la piel se me agrieta y supura.
⁶ Mis días corren más que la lanzadera,
se consumen sin nada de esperanza.
⁷ Recuerda: mi vida es sólo un soplo,
mis ojos ya no verán la dicha.
⁸ Seré invisible a cualquier mirada,
te fijarás en mí, pero no estaré.
⁹ Como nube que se esfuma y pasa,
el que baja al Seol ya no sube.
¹⁰ No vuelve ya a su casa,
ya no lo reconoce su morada.
¹¹ Por eso no contendré mi lengua,
hablaré llevado por la angustia,
me quejaré repleto de amargura.
¹² ¿Soy yo el Mar o el Dragón
para que me pongas un guardián?
¹³ Si pienso: «Mi lecho me consolará,
compartiré mi cama mi llanto»,
¹⁴ me aterra entonces con sueños,
me espantas después con visiones.
¹⁵ Preferiría morir estrangulado:
¡antes la muerte que mis dolores!
¹⁶ Me da igual, no he de vivir para siempre;
déjame en paz, mis días son un soplo.
¹⁷ ¿Qué es el hombre para darle importancia,
para que pongas en él tu interés,
¹⁸ para que lo inspecciones cada mañana
y a cada instante lo pongas a prueba?
¹⁹ ¿Dejarás alguna vez de mirarme?,
¿me darás tiempo a tragar saliva?
²⁰ Si he pecado, ¿en qué te afecta,
Centinela de los hombres?
¿Por qué convertirme en blanco?
¿Por qué te sirvo de carga?
²¹ ¿Por qué no olvidas mi ofensa,
pasas por alto mi culpa,
si pronto yaceré en tierra
y no estaré aunque me busques?

La trayectoria necesaria de la justicia divina.

8 ¹ Bidad de Súaj respondió así:
² ¿Hasta cuándo hablarás de ese modo,
con palabras como viento impetuoso?
³ ¿Puede Dios torcer el derecho,

pervertir Shaddai la justicia?

⁴ Si tus hijos pecaron contra él,
ya los puso en poder de su delito.
⁵ Pero si buscas solícito a Dios
y diriges tu súplica a Shaddai,
⁶ si eres intachable y recto,
de inmediato velará por ti,
te devolverá tus legítimos bienes.
⁷ Tu pasado será una miseria
comparado a tu espléndido futuro.
⁸ Pregunta, si no, a pasadas generaciones,
medita en la experiencia de sus mayores.
⁹ De ayer somos nosotros, nada sabemos;
nuestra vida en la tierra pasa como sombra.
¹⁰ Pero ellos te instruirán, te hablarán
con máximas sacadas de la reflexión:
¹¹ «¿Brotó el papiro fuera de la marisma?,
¿crece el junco fuera del agua?
¹² Todavía verde, sin ser cortado,
antes que cualquier hierba se agosta».
¹³ Así es el fin de quien de Dios se olvida,
la esperanza del impío fracasa.
¹⁴ Su confianza sólo es un hilo,
una telaraña su seguridad.
¹⁵ Se apoya en ella y no aguanta,
se agarra a ella y no resiste.
¹⁶ Lleno de savia, a pleno sol,
sus renuevos brotaban por su jardín;
¹⁷ se enredaban sus raíces en la roca,
vivía agarrado al tapial.
¹⁸ Pero lo arrancan de su sitio
y éste le niega: «Jamás te he visto».
¹⁹ A eso le conduce su alegre vida,
mientras otros de la tierra brotarán.
²⁰ Pero Dios no rechaza al honrado,
ni echa una mano al malvado.
²¹ Aún puede llenar tu boca de risas,
tus labios de júbilo.
²² Tus enemigos se cubrirán de vergüenza,
la tienda de los malvados desaparecerá.

La justicia divina está sobre el derecho.

9 ¹ Job respondió así:
² Es verdad, las cosas son así:
¿cómo puede el hombre ser justo ante Dios?
³ Si quiere entablar pleito con él,
no le rebatirá ni una vez entre mil.
⁴ ¿Quién, sabio y fuerte,
le hizo frente y salió indemne?
⁵ Él desplaza los montes sin que lo adviertan,
cuando los vuelca con su cólera.
⁶ Él sacude la tierra de su sitio
y hace vacilar sus columnas.
⁷ Él lo ordena y el sol no resplandece,
y cierra con un sello las estrellas.
⁸ Él despliega los cielos sin ayuda,
él aplasta la espalda del Mar.

⁹ Él ha hecho la Osa y Orión,
 las Pléyades y las Cámaras del Sur.
¹⁰ Él ha hecho prodigios insondables,
 maravillas innumerables.
¹¹ Si pasa junto a mí, no lo veo,
 me roza y no me doy cuenta.
¹² Si sujeta una presa, ¿quién se la arrancará?
 ¿Quién puede decirle: «¿Qué haces?»
¹³ Dios no renuncia a su cólera,
 a sus pies se postran los aliados de Rahab.
¹⁴ ¡Cuánto menos podré yo defenderme,
 rebuscar argumentos contra él!
¹⁵ Aun teniendo yo razón, no discutiría,
 tendría que suplicar a mi acusador.
¹⁶ Si se dignase responder a mi llamada,
 no creo que escuchase mi voz.
¹⁷ ¡Él, capaz de aplastarme por un pelo,
 que multiplica sin motivo mis heridas,
¹⁸ que no me deja ni tomar resuello,
 que me tiene saciado de amargura!
¹⁹ Si se trata de fuerza, gana en vigor,
 si de justicia, ¿quién le emplazará?
²⁰ Aun teniendo yo razón, su boca me condenaría,
 aun siendo inocente, me declararía culpable.
²¹ ¿Soy inocente? Ni yo mismo lo sé.
 ¡Desprecio mi vida!
²² Pero es lo mismo, de verdad:
 destruye igual al inocente y al culpable.
²³ Si un azote mata de improviso,
 se ríe de la angustia del inocente.
²⁴ Deja la tierra en poder del malvado
 y tapa los ojos de los magistrados;
 ¿quién sino él lo hace?
²⁵ Mis días son más raudos que un correo,
 se me escapan sin que pueda ver la dicha;
²⁶ se deslizan como lanchas de junco,
 como águila que cae sobre la presa.
²⁷ Si pretendo olvidar mi aflicción,
 cambiar el semblante y poner buena cara,
²⁸ me asalta el temor de mis males,
 pues sé que no me absolverás.
²⁹ Y si resulta que soy culpable,
 ¿a qué fatigarme en vano?
³⁰ Aunque me lavase con agua de nieve
 y limpiase con sosa mis manos,
³¹ me restregarías en el lodo
 hasta que mi ropa me asqueara.
³² No es un hombre como yo para decirle:
 «Comparezcamos juntos en un juicio».
³³ No hay un árbitro entre nosotros
 que ponga su mano entre los dos,
³⁴ que aparte su látigo de mi vista
 y no me espante su terror.
³⁵ Entonces hablaría sin temerle,
 pues creo que no soy culpable.

10 ¹ Siento asco de mi vida,
 voy a dar curso libre a mis quejas,
 voy a hablar henchido de amargura.
² Diré a Dios: No me condenes,
 explícame por qué me atacas.
³ ¿Te parece bien oprimirme,
 despreciar la obra de tus manos,
 y favorecer los planes del malvado?
⁴ ¿Tienes acaso ojos de carne
 o ves las cosas como un mortal?
⁵ ¿Es tu existencia la de un mortal,
 son tus años los de un hombre,
⁶ para que hurgues en mi culpa
 e investigues mi pecado,
⁷ aunque sabes que no soy culpable
 y que nadie va a arrancarme de tus manos?
⁸ Tus manos me formaron y me hicieron,
 ¿y ahora, en arrebató, me destruyes?
⁹ Recuerda que me has hecho de barro
 y que al polvo me has de devolver.
¹⁰ ¿No me vertiste como leche
 y me cuajaste como queso?
¹¹ Me revestiste de carne y piel,
 me tejiste de huesos y tendones.
¹² Me concediste el don de la vida,
 cuidaste solícito mi aliento.
¹³ Pero algo ocultaba tu mente,
 seguro que estabas pendiente
¹⁴ de vigilar mis pecados,
 de no disculpar mis faltas:
¹⁵ si era culpable, ¡ay de mí!,
 si inocente, no levantaría cabeza,
 harto de ignominia, borracho de aflicción.
¹⁶ Con la furia de un león me das caza,
 repitiendo tus proezas a mi costa,
¹⁷ renuevas tus ataques contra mí,
 contra mí redoblas tu furor,
 tus tropas de refresco sobre mí.
¹⁸ ¿Por qué me sacaste del vientre?
 Habría muerto sin que nadie lo advirtiese,
¹⁹ sería como si no hubiese existido,
 conducido del vientre a la tumba.
²⁰ ¡Qué breves los días de mi vida!
 Aléjate de mí, déjame gozar un poco
²¹ antes de que marche, y ya no vuelva,
 al país de tinieblas y de sombras,
²² al país oscuro y en desorden,
 donde la claridad parece sombra.

La sabiduría de Dios exige la confesión de Job.

11 ¹ Sofar de Naamat respondió así:
² ¿Nadie va a responder al charlatán?,
 ¿va a tener razón por hablar sin control?
³ ¿Hará callar a los demás tu verborrea?,
 ¿te vas a burlar sin que nadie te confunda?
⁴ Has dicho: «Mi conducta es pura,

JOB

soy irreprochable a tus ojos».

⁵ ¡Pero ojalá Dios te hablase,

abriese sus labios y respondiese:

⁶ te enseñaría secretos de sabiduría,

que desconciertan toda sagacidad!

Bien sabrías entonces

que Dios te pide cuentas de tus faltas.

⁷ ¿Pretendes descubrir la hondura de Dios,

descubrir la perfección de Shaddai?

⁸ Es más alta que el cielo, ¿qué harás?;

es más honda que el Seol, ¿qué sabrás?

⁹ Su longitud supera a la tierra,

su anchura sobrepasa al mar.

¹⁰ Si comparece y encierra en prisión,

si cita a juicio, ¿quién lo impedirá?

¹¹ Pues bien conoce a la gente falsa;

cuando ve la maldad, presta atención.

¹² Pero el necio aprenderá a razonar

cuando el asno salvaje nazca hombre.

¹³ Si mantienes firme tu corazón

y extiendes tus manos hacia él,

¹⁴ si rechazas la maldad que hay en tus manos

sin dar cabida en tu tienda a la injusticia;

¹⁵ entonces alzarás la frente limpia,

te podrán acosar, pero no temerás;

¹⁶ llegarás a olvidar el infortunio,

como agua pasada lo recordarás;

¹⁷ brillará tu vida más que el mediodía,

tu oscuridad será como la aurora;

¹⁸ vivirás confiado en la esperanza,

aun confundido, dormirás tranquilo;

¹⁹ te acostarás y nadie te asustará,

muchos buscarán tus favores.

²⁰ Pero los ojos del malvado se consumen,

están privados de refugio,

su esperanza es el último suspiro.

La sabiduría de Dios se manifiesta sobre todo

en los estragos de su poder.

¹² ¹ Job respondió así:

² Desde luego, sois la voz del pueblo,

con vosotros morirá la sabiduría.

³ Pero sé pensar como vosotros,

en nada me superáis,

¿quién no sabe todo eso?

⁴ Uno se convierte en burla del vecino

cuando clama a Dios en busca de respuestas.

Se ríen de quien es justo e íntegro.

⁵ ¡Ante el infortunio, desprecio -dice el satisfecho-,
un golpe más al que se tambalea!

⁶ Pero viven bien tranquilos en sus tiendas los
bandidos,

del todo seguros los que provocan a Dios,

los que meten a Dios en su puño.

⁷ Pero pregunta a las bestias, que te instruirán,

a las aves del cielo, que te lo dirán,

⁸ si no a los reptiles, que te informarán,

te lo contarán los peces del mar;

⁹ ¿quién no sabe entre todos ellos

que todo esto lo hizo la mano de Dios,

¹⁰ que su mano retiene el hálito de los vivientes,

el espíritu de todo ser humano?

¹¹ ¿No distingue el oído las palabras,

el paladar el sabor de la comida?

¹² ¿No es cosa de ancianos la sabiduría,

la perspicacia asunto de viejos?

¹³ Pero Él tiene sabiduría y poder,

prudencia y perspicacia son suyas.

¹⁴ Si destruye, nadie reconstruye,

si acorralla, no hay quien escape.

¹⁵ Si retiene las aguas, todo se seca,

si las suelta, destruyen la tierra.

¹⁶ Dispone de fuerza y habilidad,

suyos son seducido y seductor.

¹⁷ Hace estúpidos a los consejeros del país,

a los jueces vuelve locos.

¹⁸ Desciñe la banda de los reyes

y les pasa una soga por los lomos.

¹⁹ Conduce descalzos a los sacerdotes,

acaba con los poderes establecidos.

²⁰ Quita la palabra a los confidentes,

a los ancianos arrebató el juicio.

²¹ A los nobles llena de desprecio,

afloja el cinturón de los fuertes.

²² Desvela la hondura de la tiniebla,

saca a la luz las sombras.

²³ Suscita naciones y acaba con ellas,

promueve pueblos y los suprime.

²⁴ Deja sin talento a los jefes del país,

los guía por un desierto intransitado;

²⁵ van a tientas, sin luz, entre tinieblas,

tambaleándose lo mismo que borrachos.

13 ¹ Todo esto lo han visto mis ojos,
mi oído lo oyó y lo entendió.

² Lo que sabéis, lo sé yo también,

en nada me superáis.

³ Pero yo quiero hablar con Shaddai,

deseo encararme a Dios,

⁴ pues todo lo blanqueáis con mentiras,

sólo sois médicos de apariencia.

⁵ ¡Ojalá enmudecierais del todo,

así demostraríais ser sabios!

⁶ Escuchad ahora mis descargos,

atended a la defensa de mis labios.

⁷ ¿Vais a usar la mentira en defensa de Dios?;

¿usaréis el fraude en su favor?

⁸ ¿Seréis parciales con Dios?;

¿defenderéis así su causa?

⁹ ¿No sería mejor que os sondeara?;

¿lo engañaríais como a un hombre cualquiera?

¹⁰ ¡Qué duda cabe que os castigaría

por vuestra taimada parcialidad!

¹¹ ¿No os asusta su majestad

ni os sobrecoge su terror?
¹² Máximas de ceniza son vuestras denuncias,
 réplicas de arcilla vuestras réplicas.
¹³ Guardad silencio, voy a hablar yo.
 Me ocurra lo que me ocurra,
¹⁴ agarraré mi carne con los dientes,
 pondré mi vida en mis manos;
¹⁵ aunque quiera matarme, lo esperaré,
 pues pienso defenderme a su cara;
¹⁶ con eso me daría por salvado,
 pues el impío no comparece ante él.
¹⁷ Escuchad atentos mis palabras,
 prestad oído a mi declaración;
¹⁸ ya he dispuesto mi defensa,
 yo sé que soy inocente.
¹⁹ ¿Quién quiere pleitear conmigo?
 Si ahora callo, moriré.
²⁰ Hazme dos concesiones
 y no abandonaré tu presencia:
²¹ que alejarás tu mano de mí
 y tu terror no me alcanzará;
²² que pueda responderte si me acusas,
 o mejor, yo hablaré y tú replicarás.
²³ ¿Cuántos son mis errores y culpas?
 Hazme ver mis delitos y errores.
²⁴ ¿Por qué me ocultas tu rostro
 y me tienes por enemigo?
²⁵ ¿Por qué asustas a una hoja que vuela?,
 ¿por qué persigues la paja ya seca?
²⁶ Anotas a mi cargo rebeldías,
 me haces pagar faltas juveniles,
²⁷ metes en cepos mis pies,
 vigilas todos mis pasos,
 rastreas todas mis huellas.
²⁸ Se consume cual leño carcomido,
 lo mismo que un vestido apolillado,

14 ¹ el hombre nacido de mujer,
 corto de días y harto de pesares.
² Como flor, brota y se marchita,
 se esfuma como sombra pasajera.
³ ¿Y fijas en éste tus ojos,
 lo citas a juicio ante ti?
⁴ ¿Quién puede hacer puro lo impuro?
 ¡Nadie!
⁵ Si sus días están previstos,
 contados por ti sus meses,
 un límite que no franqueará,
⁶ aparta tu vista y déjalo en paz,
 que disfrute su jornada laboral.
⁷ Un árbol tiene esperanza:
 aun talado, vuelve a retoñar,
 sus renuevos brotan sin parar;
⁸ aunque viejas sus raíces enterradas,
 con un tronco que agoniza en el polvo,
⁹ al contacto con el agua reverdece
 y echa ramas como una planta joven.

¹⁰ Pero el hombre muere y queda inerte,
 cuando expira el mortal, ¿dónde está?
¹¹ El agua del mar se evapora,
 los ríos se secan y aridecen,
¹² y el hombre se acuesta y no se alza,
 se gastarán los cielos y no despertará,
 de su sueño no espabilará.
¹³ ¡Ojalá en el Seol me escondieras,
 me ocultaras mientras pasa tu cólera,
 fijaras una fecha para acordarte de mí!
¹⁴ ¿Pero puede el hombre muerto revivir?
 Todo el tiempo de mi milicia esperaré
 ansioso a que llegase mi relevo.
¹⁵ Te llamaría y tú responderías
 anhelando la obra de tus manos;
¹⁶ no controlarías mis errores,
 como ahora cuentas mis pasos;
¹⁷ cerrarías en un saco mi delito,
 blanquearías con cal mi pecado.
¹⁸ Como monte que acaba derrumbándose,
 como rocas desplazadas de su sitio,
¹⁹ como agua que erosiona las piedras,
 como aluvión que arrastra el barro,
 así acabas tú con la esperanza del hombre.
²⁰ Lo aplastas para siempre y se va,
 lo desfigurás y luego lo olvidas.
²¹ Medran sus hijos y no se entera,
 son despreciados y no lo advierte.
²² Sólo siente el dolor de su carne,
 tan sólo se lamenta por su vida.

2. SEGUNDO CICLO DE DISCURSOS

Job se condena por su lenguaje.

¹⁵ ¹ Elifaz de Temán respondió así:
² ¿Responde un sabio con razones vanas
 y llena su vientre de viento del este?
³ ¿Argumenta sin ningún fundamento,
 con palabras que no sirven de nada?
⁴ Tú haces más: suprimes la piedad,
 anulas los piadosos coloquios con Dios.
⁵ Tu culpa dicta tus palabras,
 prefieres la lengua de la astucia.
⁶ Tu boca te condena, que no yo,
 tus labios testifican contra ti.
⁷ ¿Eres el primogénito de los hombres,
 engendrado antes que los collados?
⁸ ¿Has asistido al consejo divino
 y has asimilado la sabiduría?
⁹ ¿Qué sabes tú que no sepamos?,
 ¿qué entiendes que no tengamos claro?
¹⁰ Hay entre nosotros canosos y ancianos,
 más repletos de días que tu padre.
¹¹ ¿Te parece poco el consuelo de Dios,
 las suaves palabras que escuchas?
¹² ¡Cómo te domina la pasión
 y miras con ojos desorbitados

JOB

¹³ cuando arremetes airado contra Dios
soltando palabra tras palabra!
¹⁴ ¿Qué es el hombre para creerse puro,
para creerse inocente el nacido de mujer?
¹⁵ Si ni siquiera confía en sus Santos,
ni los cielos le parecen puros,
¹⁶ ¡qué decir de lo asqueroso y corrompido:
del hombre que se ahoga en maldad!
¹⁷ Voy a hablarte, escúchame,
te contaré lo que he visto,
¹⁸ lo que cuentan los sabios sin tapujos,
la tradición recibida de sus padres
¹⁹ —sólo a ellos les fue dado el país
y ningún extranjero se mezcló con ellos—:
²⁰ «La vida del malvado discurre entre tormentos,
son contados los años guardados al opresor;
²¹ escuchan sus oídos voces de terror,
lo asaltan bandidos en plena prosperidad;
²² que no confíe en volver de las tinieblas,
pues está destinado a la espada;
²³ asignado como pasto a los buitres,
él conoce su ruina inminente.
La hora de las tinieblas ²⁴ lo espanta,
angustia y ansiedad lo invaden
como rey que se lanza al ataque.
²⁵ Por alzar su mano contra Dios,
y atreverse a retar a Shaddai,
²⁶ arremetiendo de frente contra él
tras la maciza panza de su escudo,
²⁷ con carrillos rebosantes de grasa
y sus lomos cubiertos de sebo,
²⁸ acabó viviendo en ciudades en ruinas,
en casas no habitadas a punto de caer.
²⁹ No se enriquecerá ni durará su fortuna,
ni se alargará por el país su sombra.
³⁰ No escapará a las tinieblas,
la llama agostará sus renuevos,
su flor será barrida por el viento.
³¹ Que no se fíe de su buena talla,
pues acabará en vanidad.
³² Su follaje se amustiará antes de tiempo,
sus ramas no reverdecerán.
³³ Será viña que pierde sus agraces,
olivo que deja caer su flor.
³⁴ Es estéril la ralea del impío,
devora el fuego la casa del interesado.
³⁵ Quien concibe maldad pare desgracia,
su vientre gesta la mentira».

De la injusticia de los hombres a la justicia de Dios.

16 ¹ Job respondió así:
² Muchas cosas como éstas he oído,
sólo sois consoladores agobiantes.
³ «¿Tendrá fin tanta palabrería?
¿Qué te impulsa a defenderte?».
⁴ También yo hablaría como vosotros,

si es que estuvierais en mi lugar;
sin duda os agobiaría con discursos,
movería contra vosotros mi cabeza.
⁵ Con palabras os confortaría,
moviendo mis labios os calmaría.
⁶ Pero hablo y no se calma mi dolor,
me callo y no se aleja de mí,
⁷ y ahora me tiene extenuado.
Espantas a mis conocidos ⁸ y me acosas,
mi calumniador se ha hecho mi testigo,
se alza contra mí, me acusa a la cara.
⁹ La cólera de Dios me acosa y me desgarras,
enseña sus dientes rechinando contra mí,
mi adversario me mira con ojos aviesos.
¹⁰ Me amenazan abriendo la boca,
me afrentan con bofetadas,
todos se alían contra mí.
¹¹ Dios me entrega a injustos,
me arroja en manos de malvados.
¹² Vivía yo tranquilo y me zarandeó,
me agarró por la nuca y me despedazó,
en su blanco me convirtió.
¹³ Me cercaron sus arqueros,
traspasó mis entrañas sin piedad,
derramando por tierra mi hiel.
¹⁴ Rasgó mi cuerpo brecha tras brecha,
lanzándose cual guerrero contra mí.
¹⁵ He cosido un sayal sobre mi piel,
en el polvo ha acabado mi vigor.
¹⁶ El llanto enrojece mi rostro,
una sombra mortal recubre mis ojos,
¹⁷ aunque en mis manos no había violencia
y era sincera mi oración.
¹⁸ ¡No cubras, tierra, mi sangre!
¡Que nada pare mis gritos!
¹⁹ Pues tengo en el cielo mi testigo,
mi defensor habita en lo alto,
²⁰ que interpreta ante Dios mis pensamientos,
ante quien vierto mis lágrimas.
²¹ Que él juzgue entre el hombre y Dios,
como suele ocurrir entre mortales,
²² pues me esperan años contados
y emprenderé un camino sin retorno.

17 ¹ Me falta el aliento,
mis días se extinguen,
me espera la tumba.
² Es que vivo entre escarnios,
las penas desvelan mis ojos.
³ Erígete en garante a mi favor,
¿quién, si no, chocaría mi mano?
⁴ Has cerrado su mente al buen juicio
y no se saldrán con la suya:
⁵ como el que invita generoso a sus amigos,
mientras los ojos de sus hijos se apagan.
⁶ Me ha convertido en refrán de la gente,
como cuando escupen a alguien en la cara.

⁷ La aflicción consume mis ojos,
 mis miembros son como sombra.
⁸ Al verlo, los justos se quedan sin habla,
 el inocente se alza contra el impío;
⁹ se afianza el justo en su camino,
 las manos limpias redoblan su energía.
¹⁰ Venga, vosotros, volved a la carga,
 que no encontraré entre vosotros un sabio.
¹¹ Han pasado mis días con mis planes,
 han fallado los afanes de mi corazón.
¹² Quieren hacerme ver que la noche es día,
 que está cerca la luz cuando sólo hay tinieblas.
¹³ Sólo espero habitar en el Seol,
 hacerme la cama en las tinieblas;
¹⁴ llamo al sepulcro «padre mío»,
 a los gusanos «madre y hermanos».
¹⁵ ¿Dónde está ahora mi esperanza?,
 ¿quién ha visto mi dicha?
¹⁶ Bajarán conmigo al Seol,
 nos hundiremos juntos en el polvo.

Nada puede la ira contra el orden de la justicia.

18 ¹ Bildad de Súaj respondió así:
² ¿Cuándo acabaréis con tanta palabra?
 Pensad bien las cosas y luego hablaremos.
³ ¿Por qué considerarnos animales
 y gente de corto entendimiento?
⁴ Tú, que te destruyes con tu cólera,
 ¿quedará desierta la tierra por tu causa?,
 ¿se desplazarán las rocas de su sitio?
⁵ La luz del malvado se apaga,
 el fuego en su hogar ya no brilla.
⁶ En su tienda se extingue la luz,
 el candil que lo alumbraba se apaga.
⁷ Su paso firme se acorta,
 lo pierden sus propios proyectos.
⁸ Sus pies se meten en la red,
 camina entre mallas.
⁹ Un lazo le apresa el talón,
 el cepo se cierra sobre él.
¹⁰ Oculto en la tierra hay un nudo,
 la trampa le espera en la senda.
¹¹ Espanto y terror lo cercan,
 entorpecen su caminar.
¹² Desfallece en pleno vigor,
 la desgracia se afianza a su lado.
¹³ El mal devora su piel,
 el Primogénito de la Muerte roe sus miembros.
¹⁴ Lo arrancan del amparo de su tienda,
 lo arrastran ante el Rey de los terrores.
¹⁵ Ocupan su tienda desahuciada,
 esparcen azufre en su morada.
¹⁶ Por debajo se secan sus raíces,
 por arriba se agosta su ramaje.
¹⁷ Su recuerdo se borra en el país,
 se queda sin nombre en la comarca.

¹⁸ Lo empujan de la luz a las tinieblas,
 se ve expulsado del mundo,
¹⁹ sin familia ni prole entre su gente,
 sin un superviviente en su terruño.
²⁰ Su destino espanta al occidente,
 el oriente queda estremecido.
²¹ Así acaba la morada del impío,
 la casa del que a Dios desconoce.

El triunfo de la fe en el abandono de Dios y de los hombres.

19 ¹ Job respondió así:
² ¿Hasta cuándo me vais a atormentar,
 aplastándome con tanta palabra?
³ Ya me habéis insultado diez veces,
 sin pudor me habéis ultrajado.
⁴ Aun en caso de haber errado,
 en mí queda mi yerro.
⁵ Si creéis triunfar sobre mí
 echando en cara mi oprobio,
⁶ sabed que Dios me ha hecho daño
 copándome entre sus redes.
⁷ Grito «Violencia» y nadie responde,
 imploro «Auxilio» y no hay justicia.
⁸ Ha puesto en mi ruta un muro infranqueable,
 ha llenado mis sendas de densa oscuridad.
⁹ Me ha despojado de mi honra,
 ha dejado mi frente sin corona.
¹⁰ Ha arrasado mi cerca y debo irme,
 ha arrancado cual árbol mi esperanza.
¹¹ Su cólera ha atizado contra mí,
 me ha considerado su enemigo.
¹² Llegan sus tropas en masa,
 van haciendo camino en mi busca,
 acampan en torno a mi tienda.
¹³ Mis hermanos se alejan de mí,
 mis amigos me tienen por extraño.
¹⁴ Me abandonan vecinos y parientes,
 se olvidan de mí mis invitados.
¹⁵ Mis siervas me tienen por intruso,
 me he vuelto un extraño a sus ojos.
¹⁶ Llamo a mi esclavo y no responde,
 aunque yo en persona le suplique.
¹⁷ Mi aliento repugna a mi esposa,
 doy asco a mis propios hermanos.
¹⁸ También los críos me muestran desprecio,
 apenas me levanto, se burlan de mí.
¹⁹ Todos mis íntimos me aborrecen,
 mis amigos se vuelven contra mí.
²⁰ Mis huesos se pegan a la carne y a la piel,
 he escapado con la piel entre los dientes.
²¹ ¡Piedad, piedad, amigos!,
 que la mano de Dios me ha herido.
²² ¿Por qué me perseguís como Dios
 y no os hartáis de mi carne?
²³ ¡Ojalá se escribiesen mis palabras!
 ¡Ojalá se grabasen en bronce!

JOB

²⁴ con cincel de hierro y plomo,
impresas para siempre en la roca.
²⁵ Yo sé que vive mi Defensor,
que se alzaré el último sobre el polvo,
²⁶ que después que me dejen sin piel,
ya sin carne, veré a Dios.
²⁷ Sí, seré yo quien lo veré,
mis ojos lo verán, que no un extraño.
Se consume mi vigor en mi interior,
²⁸ cuando decís: «¿Cómo acosarlo?
¿Qué pretexto encontrar contra él?».
²⁹ Temed por vosotros a la espada,
la espada que castiga el delito,
y sabréis que existe un juez.

No hay excepción para el orden de la justicia.

20 ¹ Sofar de Naamat respondió así:
² Mis pensamientos me obligan a responder,
debido a la impaciencia que me come.
³ He escuchado una lección bochornosa,
pero mi espíritu me inspira la respuesta.
⁴ ¿No sabes tú que desde siempre,
desde que el hombre está sobre la tierra,
⁵ el júbilo del malvado es breve,
momentáneo el gozo del impío?
⁶ Aunque su talla llegue al cielo
y su cabeza alcance las nubes,
⁷ desaparece para siempre, como estiércol,
sus conocidos dicen: «¿Dónde está?».
⁸ Como sueño invisible se esfuma,
como visión nocturna se disipa.
⁹ El ojo que lo veía ya no lo verá,
su morada no lo contemplará.
¹⁰ Indemnizarán sus hijos a los pobres,
sus manos restituirán su riqueza.
¹¹ Sus huesos repletos de energía
yacerán con él en el polvo.
¹² Le sabía dulce la maldad,
la ocultaba debajo de la lengua,
¹³ la guardaba con mimo, sin soltarla,
reteniéndola dentro de la boca;
¹⁴ pero ese manjar se corrompe en sus entrañas,
se transforma en su interior en veneno de víboras,
¹⁵ vomitará las riquezas devoradas,
pues Dios se las saca del vientre.
¹⁶ Chupaba veneno de víboras:
lo matará la lengua del áspid.
¹⁷ Ya no gozará de arroyos de aceite,
de ríos de miel y requesón.
¹⁸ Devolverá sus ganancias sin probarlas,
sin saborear el fruto de sus negocios.
¹⁹ Por destruir las chozas de los pobres,
robar casas en vez de construirlas;
²⁰ por no saber calmar su apetito,
sus tesoros no lo salvarán;
²¹ como nadie escapaba a su voracidad,

su prosperidad no aguantará.
²² Su propia abundancia lo acosará,
la mano de la miseria lo alcanzará.
²³ Dios le enviará el ardor de su cólera,
como lluvia de flechas en su carne.
²⁴ Si se salva del arma de hierro,
lo atraviesan con arco de bronce;
²⁵ una flecha asoma por su espalda,
una punta bruñida por el hígado,
los terrores se abaten sobre él;
²⁶ le reservan tinieblas ocultas,
lo devora un fuego no atizado,
que consume los restos de su tienda.
²⁷ El cielo desvela su culpa,
la tierra se alza contra él.
²⁸ Un diluvio arruina su casa,
los torrentes del día de la ira.
²⁹ Ésta es la suerte que Dios depara al malvado,
ésta es la herencia que destina a su persona.

El mentís de los hechos.

21 ¹ Job respondió así:
² Escuchad atentos mis palabras,
dadme siquiera este consuelo.
³ Tened paciencia mientras hablo,
cuando termine podréis burlaros.
⁴ ¿Acaso me quejo de un hombre?,
¿pierdo la paciencia sin razón?
⁵ Si me escucháis, quedaréis pasmados,
os llevaréis la mano a la boca.
⁶ Sólo con pensarlo, me horrorizo,
me siento presa de escalofríos.
⁷ ¿Por qué siguen vivos los malvados,
que envejecen y aumenta su poder?
⁸ Viven seguros con sus hijos,
ven cómo crecen sus retoños:
⁹ un hogar en paz, sin miedo,
sin probar el castigo de Dios.
¹⁰ Su toro fecunda sin fallar,
su vaca pare sin abortar.
¹¹ Dejan sueltos a sus críos como ovejas,
dejan brincar a sus hijos.
¹² Cantan con cítaras y panderos,
se divierten al son de la flauta.
¹³ Pasan su vida dichosos,
bajan en paz al Seol.
¹⁴ Y pensar que decían a Dios: «Fuera de aquí,
no nos interesa conocer tus caminos.
¹⁵ ¿Quién es Shaddai para servirle?,
¿qué podemos ganar con invocarlo?».
¹⁶ ¿No depende de ellos su dicha,
aunque el plan del malvado esté lejos de Dios?
¹⁷ ¿Cuántas veces se apaga la lámpara del
malvado?,
¿cuántas veces se abate sobre él la desgracia
o la cólera divina le reparte sufrimientos?
¹⁸ ¿Son como paja a merced del viento,

como tamo que arrastra el huracán?
¹⁹ ¿Se reservaría Dios el castigo de sus hijos?
 ¡Que lo pague él y aprenda!
²⁰ ¡Que sea testigo de su ruina,
 que beba la cólera de Shaddai!
²¹ ¿Qué le importa su casa una vez muerto,
 interrumpida ya la cuenta de sus meses?
²² ¿Quién puede aleccionar a Dios,
 que juzga a los seres celestes?
²³ Hay quien muere en pleno vigor,
 colmado de dicha y de paz,
²⁴ con los lomos forrados de grasa
 y tierna la médula de sus huesos.
²⁵ Y hay quien muere harto de amargura,
 sin haber probado la dicha.
²⁶ Pero juntos yacerán en el polvo
 bajo una colcha de gusanos.
²⁷ Conozco muy bien lo que pensáis,
 la violencia que tramáis contra mí.
²⁸ Decís: «¿Dónde está la casa del prepotente?,
 ¿dónde la tienda que habitaban los malvados?»
²⁹ ¿No habéis preguntado a los viajeros?,
 ¿no conocéis sus testimonios?:
³⁰ el día del desastre se libra el malvado,
 a salvo se encuentra el día de la cólera;
³¹ ¿quién le echa en cara su conducta?,
 ¿quién le hace pagar lo que ha hecho?;
³² es conducido al cementerio,
 velan junto a su mausoleo;
³³ no le pesan los terrones del valle,
 tras él desfila todo el mundo.
³⁴ ¿Por qué me consoláis con tonterías,
 con argumentos llenos de engaño?

3. TERCER CICLO DE DISCURSOS

Dios sólo castiga en nombre de la justicia.

22 ¹ Elifaz de Temán respondió así:
² ¿Acaso puede un hombre ser útil a Dios
 si apenas el sensato lo es para sí?
³ ¿Le importa a Shaddai que tengas razón?,
 ¿en qué le aprovecha tu honrada conducta?
⁴ ¿Te castiga acaso por tu piedad
 o te cita a juicio por ello?
⁵ ¿No será por tu inmensa maldad?,
 ¿no será por tus culpas sin límite?
⁶ Exigías sin razón prendas a tus hermanos,
 despojabas de su ropa al desnudo;
⁷ no dabas de beber al sediento,
 privabas de pan al hambriento;
⁸ como poderoso dueño de la tierra,
 como privilegiado habitante de ella,
⁹ despedías a las viudas de vacío,
 destrozabas los brazos de los huérfanos.
¹⁰ Por eso te cercan redes,
 te asalta de súbito el terror;
¹¹ la luz se oscurece y no ves,

te engullen aguas caudalosas.
¹² ¿No está Dios en lo alto del cielo?
 ¡Mira qué altas están las estrellas!
¹³ Y dices: «¿Qué sabe Dios?
 ¿Podrá ver tras nubarrones?
¹⁴ Las nubes lo tapan, no ve
 cuando anda por la órbita del cielo».
¹⁵ ¿Quieres seguir tú la antigua ruta
 que pisaron hombres perversos,
¹⁶ aventados antes de tiempo,
 cuando un río arrasó sus cimientos?
¹⁷ Decían a Dios: «Fuera de aquí,
 ¿qué puede hacernos Shaddai?».
¹⁸ Aunque colmaba sus casas de bienes,
 lo excluían con sus planes perversos.
¹⁹ Los justos se alegran al verlo,
 los íntegros se burlan de ellos:
²⁰ Ved, nuestro adversario exterminado,
 el fuego ha devorado su abundancia.
²¹ Reconcíliate con él y haz las paces,
 y te será devuelta tu dicha.
²² Acepta la enseñanza de su boca,
 piensa siempre en sus palabras.
²³ Si vuelves a Shaddai con humildad,
 se alejará de tu tienda la maldad;
²⁴ si arrojas al polvo el oro,
 el Ofir a las piedras del arroyo,
²⁵ Shaddai será tu tesoro,
 será tu plata a montones.
²⁶ Será Shaddai tu delicia,
 a Dios alzarás tu rostro;
²⁷ le rezarás, te escuchará,
 podrás cumplir tus promesas;
²⁸ tendrás éxito en tu empresa,
 brillará en tus sendas la luz.
²⁹ Él humilla la empresa arrogante,
 pero salva al que baja los ojos.
³⁰ Pone a salvo al hombre inocente,
 lo salva por la pureza de sus manos.

Dios está lejos y el mal triunfa.

23 ¹ Job respondió así:
² Hoy también me quejo y me rebelo,
 mi mano reprime mis gemidos.
³ ¡Si supiera cómo encontrarlo,
 cómo llegar a su morada!
⁴ Expondría ante él mi causa,
 llenaría mi boca de argumentos.
⁵ Conocería por fin su respuesta,
 sabría lo que me quiere decir.
⁶ ¿Pleitearía conmigo con toda su fuerza?
 No lo creo; tendría que escucharme.
⁷ Vería en su adversario a un hombre recto,
 y yo me libraría para siempre de mi juez.
⁸ Mas voy a oriente y no está,
 a occidente y no lo encuentro;
⁹ lo busco al norte y no aparece,

JOB

en el sur se esconde y no lo veo.

¹⁰ Pero él conoce mi conducta,
si me prueba saldré como el oro.

¹¹ Mis pies se aferraban a sus huellas,
recorría su camino sin torcerme,

¹² sin apartarme del mandato de sus labios,
guardando en mi seno sus palabras.

¹³ Si algo decide, ¿quién le hará cambiar?

Si algo se propone, lo lleva adelante.

¹⁴ Seguro que ejecuta mi sentencia,
como hace con todos sus planes.

¹⁵ Por eso me horroriza su presencia,
lo pienso y me causa espanto.

¹⁶ Dios me descorazona,

Shaddai me aterra,

¹⁷ pues no desaparecí entre tinieblas
y ha cubierto mi rostro de oscuridad.

24 ¹ ¿Por qué Shaddai no reserva tiempos
y sus fieles no conocen sus días?

² Los malvados desplazan linderos,
roban rebaños y pastores.

³ Se llevan el burro del huérfano,
toman en prenda el buey de la viuda.

⁴ Apartan del camino a los pobres,
los indigentes del país se esconden.

⁵ Como onagros de la estepa, salen a su faena,
buscan presas desde el alba,
por la tarde, pan para sus crías.

⁶ Siegan en el campo del inicuo,
rebuscan en la viña del malvado.

¹⁰ Andan desnudos, sin ropa,
hambrientos, cargan gavillas;

¹¹ exprimen aceite en la prensa,
sedientos, pisan en el lagar.

⁷ Duermen desnudos, sin ropa,
sin cobertor, pasan frío.

⁸ El chubasco del monte los empapa,
sin abrigo, se arriman a las rocas.

⁹ Arrancan del pecho al huérfano,
toman en prenda la comida del pobre.

¹² Gimen los moribundos en la ciudad,
los heridos piden socorro,
pero Dios no escucha su oración.

¹³ Los hay rebeldes a la luz,
desconocen sus caminos,
no frecuentan sus senderos.

¹⁴ Con el alba se alza el asesino,
mata pobres e indigentes.

De noche ronda el ladrón,
^{16a} asalta casas a oscuras.

¹⁵ El adúltero espera el crepúsculo,
pensando: «Nadie me ve»,
y después se cubre el rostro.

^{16b} Durante el día se ocultan,
pues desconocen la luz.

¹⁷ Tienen a las sombras por mañana,

habitados al terror de la noche.

¹⁸ No es más que paja en el agua,
maldicen su hacienda en el país,
nadie toma el sendero de su viña.

¹⁹ El bochorno roba el agua a la nieve,
así el Seol a todo pecador;

²⁰ el seno que lo ha formado lo olvida,
su nombre no es recordado.

La injusticia es tronchada como un árbol.

²¹ Maltrataba a la estéril sin hijos,
no quería ayudar a la viuda.

²² Pero Dios controla con fuerza al tirano,
se alza y le quita su vida segura;

²³ le da confianza y tranquilidad,

pero sus ojos vigilan sus pasos.

²⁴ Se encumbra un instante y ya no existe,
se abate como armuelle arrancado,
como cabeza de espiga se amustia.

²⁵ Si no es así, ¿quién me convencerá
reduciendo a nada mis palabras?

Grandeza de Dios.

25 ¹ Bildad de Súaj respondió así:

² Es Dios un temible soberano
que impone la paz en sus alturas.

³ ¿Quién puede contar sus tropas?

¿Sobre quién no se alza su luz?

¿Cómo ser justo el hombre ante Dios?

¿Cómo ser puro el nacido de mujer?

⁵ Si ni siquiera la luna tiene brillo,
ni las estrellas son puras a sus ojos,

⁶ ¡cuánto menos el hombre, esa carroña!
¡cuánto menos el gusano humano!

Respuesta a Bildad. Grandeza de Dios.

26 ¹ Job respondió así:

² ¡Qué bien sabes sostener al débil!

¡Qué bien socorres al brazo impotente!

³ ¡Qué buenos consejos das al ignorante!

¡Qué enorme talento has demostrado!

⁴ ¿A quién diriges tus palabras?

¿Quién te inspira lo que dices?

⁵ Se estremecen las Sombras bajo tierra,
tiemblan las aguas y sus moradores.

⁶ El Seol está desnudo ante él,
la Perdición se halla al descubierto.

⁷ Él tendió el Septentrión sobre el vacío,
suspendió la tierra sobre la nada.

⁸ Encierra las aguas en sus nubes,
sin que el nublado ceda por el peso.

⁹ Cubre la cara de la luna llena,
desplegando sobre ella su nube.

¹⁰ Trazó un cerco sobre la faz de las aguas,
en los confines de la luz y las tinieblas.

¹¹ Vacilan las columnas del cielo,
presas de terror cuando amenaza.

¹² Con su fuerza hendió el Mar,

con su astucia aplastó a Rahab.

¹³ Su soplo dejó limpios los cielos,
 su mano traspasó a la Serpiente Huidiza.
¹⁴ Y esto es sólo una muestra de sus obras,
 sólo un eco apagado que nos llega.
 El estruendo de su poder, ¿quién lo captará?

Job, inocente, conoce el poder de Dios.

27 ¹ Continuó Job con su discurso y dijo:
² ¡Lo juro por Dios, que niega mis derechos,
 por Shaddai que me harta de amargura,
³ que mientras siga respirando
 y me anime el aliento de Dios,
⁴ mis labios no dirán falsedad,
 ni mi lengua proferirá mentiras!
⁵ Pero no pienso daros la razón,
 me mantendré cabal hasta la muerte.
⁶ Me aferraré a mi justicia sin ceder,
 no me reprocho ninguno de mis días.
⁷ ¡Que mi enemigo acabe como el malvado,
 mi adversario como el injusto!
⁸ [Decís:] «¿Qué puede esperar el impío
 cuando Dios le retira la vida?
⁹ ¿Escuchará Dios sus protestas
 cuando se abata sobre él la angustia?
¹⁰ ¿Hacia de Shaddai sus delicias
 e invocaba a Dios en todo tiempo?». ¹¹ Os instruiré sobre el poder de Dios,
 sin ocultaros lo que piensa Shaddai.
¹² Si todos lo habéis comprobado,
 ¿a qué vuestros vanos discursos?
Discurso de Sofar: el maldito.
¹³ Esta es la suerte que Dios da al malvado,
 la herencia que recibe de Shaddai el violento.
¹⁴ Si tiene muchos hijos, caerán bajo la espada,
 nunca su prole se hartará de pan;
¹⁵ la Peste enterrará a los supervivientes,
 sus viudas no los llorarán.
¹⁶ Si amontona plata como polvo,
 si acumula ropa como barro,
¹⁷ ¡que acumule!: el justo la vestirá,
 el inocente heredará su plata.
¹⁸ Se edificó una casa de araña,
 se hizo una cabaña de guarda:
¹⁹ se acuesta rico, mas por última vez,
 al abrir sus ojos se encuentra sin nada.
²⁰ De día lo sorprenden terrores,
 de noche se lo lleva el huracán.
²¹ Desaparece arrebatado por el viento del este,
 la tormenta lo arranca de su sitio,
²² lo zarandea después sin compasión,
 aunque trata de evitar su ímpetu.
²³ La gente aplaude su ruina,
 le silban por donde pasa.

4. ELOGIO DE LA SABIDURÍA

La sabiduría inaccesible al hombre.

28 ¹ Existen minas de plata,
 lugares donde el oro se refina,
² de la tierra se saca el hierro,
 de la piedra fundida sale el bronce.
³ Allí, en el límite de las tinieblas,
 el hombre explora en lo más hondo,
 entre rocas oscuras y lóbregas.
⁴ Extranjeros abren galerías,
 en lugares nunca hollados,
 colgados lejos de los hombres.
⁵ La tierra que produce alimentos
 se trastorna por debajo con fuego;
⁶ son sus rocas yacimiento de zafiro,
 repletas de pepitas de oro.
⁷ La rapaz no conoce la entrada,
 el buitre no la divisa;
⁸ no la pisan las fieras arrogantes,
 el león jamás la atravesó.
⁹ El hombre manipula el pedernal,
 revuelve el interior de las montañas;
¹⁰ abre canales en las rocas
 y descubre objetos preciosos;
¹¹ explora las fuentes de los ríos
 y saca lo oculto a la luz.
¹² Pero, ¿de dónde sale la Sabiduría?
 ¿dónde se encuentra la Inteligencia?
¹³ El ser humano desconoce el camino,
 no se encuentra en la tierra de los vivos.
¹⁴ Dice el Abismo: «No está en mí»,
 dice el Mar: «No está conmigo».
¹⁵ No se puede adquirir con oro puro,
 no se paga a precio de plata;
¹⁶ vale más que el oro de Ofir,
 que el ágata preciosa y el zafiro;
¹⁷ no la igualan el oro y el vidrio,
 no se cambia por copas de oro fino;
¹⁸ no cuentan los corales y el cristal;
 la Sabiduría es más cara que las perlas;
¹⁹ no la iguala el topacio de Cus,
 vale más que el oro más puro.
²⁰ ¿De dónde viene la Sabiduría?
 ¿Dónde se encuentra la Inteligencia?
²¹ Se hurta a los ojos de todo viviente,
 se esconde a los pájaros del cielo.
²² La Perdición y la Muerte declaran:
 «De oídas sabemos su fama».
²³ Sólo Dios ha encontrado su camino,
 sólo él conoce su morada.
²⁴ (Su vista alcanza los confines de la tierra,
 puede ver lo que hay bajo los cielos.)
²⁵ Cuando calculó el peso del viento
 y señaló una medida a las aguas,
²⁶ cuando impuso una norma a la lluvia,
 un camino a las nubes tormentosas,

JOB

²⁷ entonces la vio y la valoró,
la penetró y la escrutó.

²⁸ Y dijo luego al hombre:
«El temor del Señor es sabiduría,
apartarse del mal, inteligencia».

5. CONCLUSIÓN DEL DIÁLOGO

Quejas y apología de Job:

A. Los días de antaño.

29 ¹ Continuó Job con su discurso y dijo:

² ¡Si pudiera recuperar el tiempo pasado,

los días en que Dios me protegía,

³ cuando su lámpara brillaba sobre mi cabeza

y a su luz caminaba en tinieblas,

⁴ tal como era en los días de mi otoño,

cuando Dios protegía mi tienda,

⁵ cuando aún Shaddai me acompañaba

y todos mis hijos me rodeaban,

⁶ cuando bañaba mis pies en leche

y la roca destilaba arroyos de aceite.

⁷ Si salía a la puerta de la villa

o instalaba mi asiento en la plaza,

⁸ los jóvenes al verme se apartaban,

los ancianos se ponían de pie.

⁹ Los notables dejaban de hablar

y ponían la mano en su boca,

¹⁰ cesaba la voz de los jefes,

se pegaba su lengua al paladar.

²¹ Me escuchaban todos expectantes,

en silencio para oír mi consejo.

²² Me callaba y nadie replicaba,

gota a gota sorbían mis palabras;

²³ me esperaban como a lluvia temprana,

recibían la lluvia boquiabiertos.

²⁴ Si yo les sonreía, apenas lo creían,

de mi rostro no perdían un gesto de favor.

²⁵ Me ponía al frente marcando el camino,

como rey instalado entre sus tropas,

a mi gusto los guiaba por doquier.

¹¹ Quien me oía, me daba la enhorabuena,

quien me veía, se ponía de mi parte,

¹² pues yo libraba al pobre en apuros,

al huérfano privado de ayuda.

¹³ El descarriado me bendecía,

a las viudas devolvía la alegría.

¹⁴ La justicia era la ropa que vestía,

el derecho, mi manto y mi turbante.

¹⁵ Yo era ojos para el ciego,

yo era pies para el cojo,

¹⁶ yo era padre de los pobres,

abogado del desconocido.

¹⁷ Rompía los colmillos del inicuo,

le arrancaba la presa de los dientes.

¹⁸ Me decía: «Cuando muera en mi nido,

alargaré mis días como el Fénix,

¹⁹ con mis raíces a merced del agua,

con el rocío durmiendo en mis ramas.

²⁰ Recobraré vigor mi dignidad,
mi arco se afianzará en mi mano».

B. La angustia presente.

30 ¹ Ahora, en cambio, se ríen de mí

personas más jóvenes que yo,

a cuyos padres no habría dejado

al frente de los perros de mi rebaño.

² La fuerza de sus brazos no servía,

carentes como estaban de vigor,

³ agotados del hambre y la penuria.

Andaban royendo por la estepa,

sombría y desolada soledad;

⁴ buscaban armuelle en matorrales,

comiendo raíces de retama.

⁵ Expulsados de en medio de los hombres,

ahuyentados lo mismo que ladrones,

⁶ moraban en escarpas de barrancos,

en grutas y grietas de la roca,

⁷ lanzando aullidos en la maleza,

buscando refugio en los espinos.

⁸ ¡Gente villana y sin apellido,

gente expulsada del país!

⁹ Ahora, en cambio, me hacen coplas

y hasta me sacan refranes.

¹⁰ Se alejan de mí horrorizados,

escupen a mi paso sin reparo.

¹¹ Dios ha soltado mi rienda y me humilla,

y ellos se desenfrenan al verme;

¹² a mi diestra se alza una chusma

que hace vacilar mis pasos,

se encamina hacia mí para perderme:

¹³ me cierran la salida,

trabajan en mi ruina,

nadie los detiene;

¹⁴ como por brecha abierta penetran,

en remolino, como tormenta.

¹⁵ Los terrores se vuelven contra mí,

mi dignidad es arrastrada como por el viento,

mi seguridad se disipa como nube.

¹⁶ Y ahora mi vida se diluye,

me tocan días de aflicción.

¹⁷ De noche el mal perfora mis huesos,

no descansan las llagas que me corroen.

¹⁸ Me agarra con fuerza por la ropa,

me aprieta como el cuello de mi túnica;

¹⁹ me arroja en el barro,

parezco polvo y ceniza.

²⁰ Te pido auxilio y no respondes,

me presento y no haces caso.

²¹ Te has vuelto cruel conmigo,

tu fuerte mano se ceba en mí.

²² Me haces cabalgar sobre el viento,

sacudido a merced del huracán.

²³ Sé que me devuelves a la muerte,

al lugar donde se citan los vivientes.

²⁴ ¿No tendí acaso la mano al indigente cuando angustiado pedía justicia?
²⁵ ¿No lloré con quien vive en apuros?, ¿no he mostrado piedad por el pobre?
²⁶ Esperaba la dicha, me vino el fracaso; aguardaba la luz, llegó la oscuridad.
²⁷ Me hierven las entrañas sin parar, me esperan días de penar.
²⁸ Voy andando ensombrecido, sin sol, de pie, en la asamblea, pido auxilio.
²⁹ Me he vuelto hermano de chacales, vivo en compañía de avestruces.
³⁰ Tengo la piel ennegrecida, los huesos consumidos por la fiebre.
³¹ Mi arpa es instrumento para duelo, mi flauta acompaña a plañideros.

Apología de Job.

31 ¹ Con mis ojos hice el pacto de no fijarme en doncella.
² Mas, ¿qué suerte depara Dios desde arriba?, ¿qué herencia reserva Shaddai desde lo alto?
³ ¿No reserva desastre al injusto, adversidad al hombre malhechor?
⁴ ¿No vigila mis caminos y cuenta todos mis pasos?
⁵ ¿Me he hecho acompañar del embuste o me he encaminado hacia el fraude?
⁶ Que me pese en balanza sin trucar y Dios conocerá mi integridad.
⁷ Si aparté mis pies del camino dejándome llevar por mi capricho, o algo ensució mis manos,
⁸ ¡que otro coma mi siembra, que me arranquen mis retoños!
⁹ Si cedí a la atracción de otra mujer y en la puerta de mi amigo aceché,
¹⁰ ¡que muele para otro mi esposa, que un extraño se acueste con ella!
¹¹ Habría cometido una infamia, un crimen que pide justicia;
¹² sería fuego que devora hasta la Perdición, que acabaría con toda mi hacienda.
¹³ Si denegué el derecho a mi siervo y a mi sierva en sus litigios conmigo,
¹⁴ cuando Dios se levante, ¿qué haré? cuando pase cuentas, ¿qué responderé?
¹⁵ ¿No los creó en el vientre como a mí?, ¿no nos formó iguales en el seno?
³⁸ Si mi tierra protesta contra mí y sus surcos lloran juntos,
³⁹ si he comido sus productos sin pagar, explotando a los aparceros,
^{40a} ¡que en vez de espigas dé espinas, en vez de cebada, ortigas!
¹⁶ Si me cerré a la necesidad del débil y dejé morir de llanto a la viuda;

¹⁷ si comí solo mi ración sin compartirla con el huérfano
¹⁸ (desde niño lo cuidé como un padre, lo guié desde el seno materno);
¹⁹ si vi sin ropa a un transeúnte, sin nada que ponerse a un indigente;
²⁰ si no me bendijeron sus cuerpos, calientes con la lana de mis corderos;
²¹ si alcé mi mano contra el huérfano por contar con apoyo en el tribunal,
²² ¡que se me salga de la espalda el hombro, que mi brazo se rompa por el codo!
²³ Pues temo el castigo de Dios, no resistiría su majestad.
²⁴ No puse mi confianza en el oro, ni llamé «seguridad» al oro fino;
²⁵ no puse mi gozo en mi inmensa riqueza, en bienes adquiridos por mis manos.
²⁶ Viendo lucir el sol, el curso radiante de la luna,
²⁷ no me dejé seducir secretamente mandándoles un beso con la mano.
²⁸ ¡También esto es crimen que pide justicia, pues habría negado al Dios del cielo!
²⁹ No me alegré del mal del enemigo ni me regocijé con su desgracia,
³⁰ ni permití que mi boca pecara deseándole la muerte con maldiciones.
³¹ Juro que cuando la gente de mi círculo decía: «¡Quién pudiera saciarse de su carne!»,
³² nunca dormía en la calle el forastero, pues abría mis puertas al viajero.
³³ No oculté a los hombres mi delito ni escondí en mi seno mi pecado,
³⁴ por temor a los rumores de la gente, por miedo al desprecio de los míos, en silencio, sin salir a la calle.
³⁵ ¡Ojalá que alguien me escuchara! ¡He dicho mi última palabra! A Shaddai le toca responder. El libelo que haya escrito mi adversario
³⁶ ¡juro que sobre el hombro lo llevaré, ceñido como una diadema!
³⁷ Le daría cuenta de mis pasos, me acercaría a él como un príncipe.
^{40b} Fin de las palabras de Job.

III. Discursos de Elihú

Intervención de Elihú.

32 ¹ Aquellos tres hombres ya no contestaron a Job, dado que estaba convencido de su inocencia. ² Pero Elihú, hijo de Baraquel el buzita, del clan de Ram, descargó su cólera contra Job porque pretendía tener razón frente a Dios. ³ También se enfadó con sus tres compañeros, por no haber encontrado respuesta y haber dejado

JOB

así culpable a Dios. ⁴ Mientras hablaban con Job, Elihú había esperado, pues los otros eran mayores que él. ⁵ Pero Elihú se molestó al ver que los tres hombres no habían sabido responder. ⁶ Entonces Elihú, hijo de Baraquiel el buzita, intervino diciendo:

Exordio.

Soy un hombre joven,
vosotros, ancianos;
por eso evité, intimidado,
deciros todo lo que sé.

⁷ Pensaba: «Que hable la edad,
que enseñen sabiduría los ancianos».

⁸ Pero hay un espíritu en el hombre,
el soplo de Shaddai, que lo hace inteligente.

⁹ Los años no dan sabiduría,
ni la edad capacidad de discernir.

¹⁰ Por eso, os pido que escuchéis,
también yo os diré lo que sé.

¹¹ He esperado mientras hablabais,
oyendo vuestros argumentos,
cómo sopesabais las palabras.

¹² Me iba fijando con atención,
pero ninguno refutabais a Job
ni desmentíais sus palabras.

¹³ No digáis: «Hemos dado con la sabiduría:
sólo Dios puede vencerlo, no un hombre».

¹⁴ Como Job no ha hablado contra mí,
le rebatiré sin usar vuestras palabras.

¹⁵ Ahí están perplejos, sin respuesta,
les han abandonado las palabras.

¹⁶ ¿Me cruzaré de brazos porque no hablen,
por quedarse plantados, sin respuesta?

¹⁷ Voy a hacer también yo mi aportación,
hablaré también yo lo que sé,

¹⁸ pues me siento lleno de palabras,
preñado de un aliento incontenible;

¹⁹ mi seno encierra un vino sin salida,
es como un odre a punto de estallar.

²⁰ Hablaré y me desahogaré,
abriré mi boca y responderé.

²¹ Con nadie seré parcial,
a nadie pienso adular;

²² no adularé porque no sé,
y además me destruiría mi Hacedor.

La presunción de Job.

33 ¹ Escucha, Job, mis palabras,
oye bien lo que te digo.

² Voy a abrir ahora la boca,
a formar palabras con mi lengua.

³ Te hablo con toda sinceridad,
mis labios dirán la verdad.

⁵ Si puedes, respóndeme,
ante mí, con firmeza.

⁶ Para Dios, soy como tú,

formado también de arcilla,
⁴ pues me hizo el soplo de Dios
y Shaddai me alentó vida.

⁷ No pienso llenarte de terror,
tampoco te voy a agobiar.

⁸ Te lo he oído decir,
he escuchado tus palabras:

⁹ «Yo soy puro, sin delito,
inocente, sin pecado;

¹⁰ mas busca excusas contra mí,
me tiene por enemigo.

¹¹ Pone trampas a mis pies,
vigila todos mis pasos».

¹² Pues te digo que no tienes razón,
porque Dios es más grande que el hombre.

¹³ ¿Por qué te querellas con él
si no responde a tus razones?

¹⁴ Dios habla de muchas formas,
pero no nos damos cuenta.

¹⁵ En visiones nocturnas y sueños,
cuando cae el sopor sobre el hombre,
cuando el sueño lo coge en su lecho,

¹⁶ entonces le abre el oído,
lo asusta con advertencias;

¹⁷ lo aparta así de sus obras,
y lo salva del orgullo.

¹⁸ No le deja caer en la fosa,
salva su vida de la muerte.

¹⁹ Lo prueba en el lecho del dolor,
con los huesos en continuo temblor;

²⁰ acaba detestando el alimento,
aunque tiene deseos de comer;

²¹ su carne a ojos vistas desaparece,
sus huesos, antes ocultos, aparecen;

²² su ser se aproxima a la fosa,
su vida al lugar de los muertos.

²³ Mas si tiene un Ángel de su parte,
un Mediador entre mil,

que recuerde al hombre su deber,
²⁴ que se apiade de él diciendo:

«Líbrale de bajar a la fosa,
que he encontrado rescate por él»,

²⁵ su carne se renovará de vigor juvenil,
volverá a los días de su mocedad.

²⁶ Rogará a Dios, y le otorgará su favor,
contemplará con alegría el Rostro
del que devuelve al hombre su integridad.

²⁷ Cantará ante los hombres así:

«He pecado y torcido el derecho,
pero no me ha pagado con la misma moneda;

²⁸ me ha librado de pasar por la fosa,
ha llenado mi vida de luz».

²⁹ Esto es lo que Dios suele hacer,
dos veces, tres veces al hombre,

³⁰ para salvar su vida de la fosa
y alumbrarlo con la luz de los vivos.

³¹ Atiende, Job, escúchame,

calla, que yo hablaré.

³² Si tienes algo que decir, respóndeme; habla, pues deseo darte la razón.

³³ De lo contrario, escúchame, calla y te enseñaré sabiduría.

El fracaso de los tres Sabios al querer disculpar a Dios.

34 ¹ Elihú retomó su discurso:

² Escuchad, sabios, mis palabras, prestadme atención los doctos, ³ que el oído distingue las palabras lo mismo que la boca los sabores.

⁴ Distingamos, pues, lo que es justo, sepamos entre todos lo que es bueno.

⁵ Job ha dicho: «Soy inocente, pero Dios me niega el derecho; ⁶ me asiste el derecho y creen que miento, me hieren de muerte sin haber pecado».

⁷ ¿Hay algún hombre como Job, que bebe el sarcasmo como agua, ⁸ que se hace acompañar de malhechores y anda con gente malvada?

⁹ ¿No dice: «Al hombre no aprovecha estar a buenas con Dios»?

¹⁰ Escuchadme, pues, sensatos: ¡Lejos de Dios la maldad, la injusticia de Shaddai!

¹¹ Dios paga al hombre según sus obras, trata a cada cual según su conducta.

¹² Está claro que Dios no obra mal, que Shaddai no tuerce el derecho.

¹³ ¿Quién le confió el cuidado de la tierra?, ¿quién le encargó de todo el universo?

¹⁴ Si sólo prestase atención a sí mismo, si centrarse en sí su espíritu y su aliento, ¹⁵ toda carne a la vez moriría, el hombre al polvo volvería.

¹⁶ Pero si sabes comprender, escucha, presta oído a mi voz y a mis palabras:

¹⁷ ¿Podrá gobernar quien odia el derecho?

¿Vas a condenar al Justo supremo, ¹⁸ capaz de llamar al rey «canalla», de tratar a los nobles de bandidos?

¹⁹ No tiene preferencia por los príncipes, ni favorece al grande contra el débil, pues todos son obra de sus manos.

²⁰ Mueren de repente, en plena noche; la gente se agita y desaparece, el tirano es depuesto sin esfuerzo.

²¹ Él vigila el camino del hombre, se da cuenta de todos sus pasos;

²² no hay sombras ni espesa tiniebla que puedan ocultar al malhechor.

²³ Dios no asigna un plazo al hombre para comparecer a juicio ante él.

²⁴ Destruye al poderoso sin tener que indagar

y a otros establece en su lugar;

²⁵ como conoce bien sus acciones, de noche los trastorna y pulveriza; ²⁶ los azota igual que a criminales, en la plaza pública los encadena, ²⁷ por no haber querido seguirle, por no entender sus designios, ²⁸ provocando ante Dios el grito del débil, haciéndole oír el grito del pobre.

²⁹ Si se queda inmóvil, ¿quién lo verá? si esconde su rostro, ¿quién lo verá?

Pero él vela sobre hombres y países, ³⁰ para evitar que reine el impío, que el pueblo sea engañado.

³¹ Si alguien dice a Dios:

«Me arrepiento, ya no lo haré,

³² lo que no veo, házmelo ver,

si he obrado mal, no recaeré»,

³³ ¿debería, según tú, castigar?

¡Pero tú rechazas su criterio!

Dado que tú decides, y no yo, haznos partícipes de tu ciencia.

³⁴ Pero la gente sensata me dirá,

lo mismo que los sabios que me escuchen:

³⁵ «No habla Job con sensatez, no son juiciosas sus palabras.

³⁶ Tenga a bien probarlo a fondo, pues responde igual que un malvado.

³⁷ A su pecado añade la rebeldía, entre nosotros siembra la duda, multiplica sus palabras contra Dios».

Dios no es indiferente a los asuntos humanos.

35 ¹ Elihú retomó su discurso:

² ¿Piensas que es justo decir:

«Soy inocente ante Dios?»,

³ o afirmar: «¿Qué más te da?,

¿qué gané con no pecar?».

⁴ Pues bien, te responderé,

y de paso a tus amigos.

⁵ Contempla los cielos, mira;

fíjate en las nubes y en su altura.

⁶ Si pecas, ¿en qué le afecta a Dios?,

¿qué le hacen tus muchos delitos?

⁷ Si eres justo, ¿qué le das?,

¿qué recibe de tu mano?

⁸ Tu maldad afecta a uno como tú,

tu justicia a los seres humanos.

⁹ Protestan bajo el peso de la opresión,

claman ante el abuso de los poderosos,

¹⁰ mas no dicen: «¿Dónde está mi Hacedor,

que llena la noche de cantos de júbilo,

¹¹ que nos hace más listos que las bestias,

más sabios que las aves del cielo?».

¹² Algunos gritan, pero no responde,

porque son malvados arrogantes;

¹³ Dios no escucha falsedades,

JOB

Shaddai no presta atención.

¹⁴ Mucho menos cuando dices: «No lo veo, le he expuesto mi causa y lo espero».

¹⁵ Pero ahora que su ira no castiga ni parece darse cuenta del delito,

¹⁶ Job abre su boca y echa viento, multiplica palabras a lo tonto.

El verdadero sentido de los sufrimientos de Job .

36 ¹ Elihú retomó su discurso:

² Ten un poco de paciencia y te instruiré, todavía hay razones en favor de Dios.

³ Buscaré en el pasado mi saber, para dar la razón a mi Hacedor;

⁴ mis palabras no son falsas, lo aseguro; ante ti tienes ciencia consumada.

⁵ Dios es poderoso, mas no indiferente, poderoso por sus firmes decisiones.

⁶ No permite que viva el malvado, hace justicia a los pobres,

⁷ no aparta del justo sus ojos.

Los sienta en medio de reyes,

los entroniza y exalta para siempre.

⁸ En cambio, si los carga de cadenas,

si los ata con cuerdas de aflicción,

⁹ es por denunciarles sus acciones,

sus delitos nacidos del orgullo;

¹⁰ es para que atiendan la advertencia,

lo dice para que dejen la maldad.

¹¹ Si escuchan y se muestran dóciles,

se consumirán sus días en la dicha,

vivirán sus años satisfechos.

¹² Si no escuchan, pasarán el Canal,

morirán sin caer en la cuenta.

¹³ Los de mente perversa acumulan cólera,

no piden socorro cuando él los encadena;

¹⁴ acaba su existencia en plena juventud

y mueren a la edad de los hieródulos.

¹⁵ Mas salva al pobre por su pobreza,

le instruye mediante la aflicción.

¹⁶ También a ti te sacaré de la angustia,

a un lugar sin aprietos, espacioso;

te ofrecerá alimentos sustanciosos.

¹⁷ Mas si defiendes la causa del malvado,

justicia y derecho sucumbirán;

¹⁸ no te dejes seducir por la opulencia,

ni los ricos presentes te corrompan.

¹⁹ ¿Acaso te auxiliarán en el peligro

tus riquezas y todos tus esfuerzos?

²⁰ No suspires por que llegue esa noche

en que la gente es echada de su sitio;

²¹ guárdate de volverte a la maldad,

que por eso probaste la aflicción.

Himno a la Sabiduría todopoderosa .

²² ¡Qué sublime es Dios en poder!

¿Hay algún maestro como él?

²³ ¿Quién puede vigilar su conducta?, ¿quién le puede acusar de obrar mal?

²⁴ Recuerda ensalzar sus obras, que todos los hombres cantaron;

²⁵ todos los humanos las contemplan, los hombres de lejos las perciben.

²⁶ Dios es sublime, no lo conocemos; es incalculable la suma de sus años.

²⁷ Atrae hacia sí las gotas de agua, las filtra de su fuente como lluvia,

²⁸ la lluvia destilada por las nubes, que cae copiosa sobre el hombre.

³¹ Con ella sustenta a los pueblos, les da alimento en abundancia.

²⁹ ¿Quién conoce la extensión de su nube, el fragor amenazante de su tienda?

³⁰ Se hace rodear de sus relámpagos, mantiene ocultas las raíces del mar.

³² Oculta el relámpago en sus manos, le ordena dar en el blanco.

³³ Su trueno anuncia su presencia, su ira se enciende contra la iniquidad.

37 ¹ Ante esto tiembla mi corazón, y salta fuera de su sitio.

² Escuchad atentos el trueno de su voz, el estruendo que sale de su boca;

³ lanza su rayo bajo el cielo y alcanza los confines del orbe;

⁴ retruena tras él su voz,

retumba de forma soberbia;

y ya no retiene sus rayos

en tanto resuena su voz.

⁵ Atruena Dios con voz prodigiosa,

él hace maravillas que ignoramos:

⁶ cuando dice a la nieve: «Cae a tierra»,

y ordena al aguacero: «Llueve fuerte»,

⁷ interrumpe el trabajo de los hombres

para que todos conozcan sus obras;

⁸ los animales van a sus cubiles,

se ocultan en sus madrigueras.

⁹ Surge el huracán de la Cámara Austral,

traen el frío los vientos del norte;

¹⁰ al soplo de Dios se forma el hielo,

las extensiones de agua se congelan.

¹¹ Carga las nubes de humedad,

los nubarrones reflejan su rayo,

¹² que alterna de uno a otro lado,

iluminando todo alrededor,

para ejecutar así sus órdenes

sobre la superficie del orbe.

¹³ Como castigo de los pueblos de la tierra,

o bien como favor, lo envía.

¹⁴ Escucha esto tranquilo, Job,

piensa en los prodigios de Dios.

¹⁵ ¿Sabes cómo Dios se lo ordena

y su nube hace brillar el rayo?

¹⁶ ¿Sabes cómo equilibra las nubes,
 prodigio de una ciencia consumada?
¹⁷ Tú, que aguantas el calor de la ropa
 cuando el solano aletarga la tierra,
¹⁸ ¿podrías tender con él el firmamento,
 duro como espejo de metal fundido?
¹⁹ Enséñanos qué hemos de decirle,
 no discutiremos a oscuras.
²⁰ ¿Hay que informarle cuando hablo?,
 ¿hay que comunicarle lo que se dice?
²¹ Por un tiempo la luz no se ve,
 oculta como está entre nubes,
 pero pasa el viento y las disipa.
²² Del norte llegan resplandores,
 envuelve a Dios terrible majestad;
²³ no podemos llegar hasta Shaddai,
 sublime por su fuerza y equidad,
 maestro de justicia que no oprime.
²⁴ Por eso, lo temen los hombres:
 ¡que lo veneren todos los sabios!

IV. Los discursos de Yahvé

PRIMER DISCURSO

La Sabiduría del Creador confunde a Job.

³⁸ ¹ Yahvé se dirigió a Job desde la tormenta:
² ¿Quién es éste que denigra mi designio
 diciendo tales desatinos?
³ Si eres valiente, cíñete los lomos:
 te voy a preguntar y tú me instruirás.
⁴ ¿Dónde estabas cuando cimenté la tierra?
 Dilo, si tanto sabes y entiendes.
⁵ ¿Sabes quién fijó sus medidas,
 o quién la midió a cordel?
⁶ ¿Dónde se asientan sus bases?
 ¿Quién puso su piedra angular
 entre el vocerío de los luceros del alba
 y las aclamaciones de los Hijos de Dios?
⁸ ¿Quién cerró el mar con compuertas,
 cuando escapaba impetuoso de su seno,
⁹ cuando le ponía nubes por mantillas,
 nubes tormentosas por pañales,
¹⁰ cuando le marcaba las lindes
 poniendo puertas y cerrojos?
¹¹ Le dije: «Hasta aquí llegarás, no pasarás,
 aquí se estrellará el orgullo de tus olas».
¹² ¿Alguna vez has mandado a la mañana
 o asignado su puesto a la aurora,
¹³ para que agarre a la tierra por los bordes
 y sacuda de ella a los malvados,
¹⁴ para que tome forma como arcilla de sello,
 y quede coloreada como un vestido,
¹⁵ para que niegue a los malvados su luz
 y quede roto el brazo sublevado?
¹⁶ ¿Has entrado hasta las fuentes del mar?,
 ¿has paseado por el fondo del Abismo?

¹⁷ ¿Te han enseñado las puertas de la Muerte?,
 ¿has visto las puertas del país de las Sombras?
¹⁸ ¿Tienes idea de las dimensiones de la tierra?
 Dilo, si todo lo sabes.
¹⁹ ¿Por dónde habita la luz?,
 ¿dónde viven las tinieblas?
²⁰ ¿Podrías llevarlas a su tierra,
 indicarles el camino de su casa?
²¹ Lo sabrás, ¡pues ya habías nacido
 y tienes tantísimos años!
²² ¿Has llegado a los silos de la nieve?,
 ¿has visto los graneros del granizo,
²³ que administro para tiempos de angustia,
 para días de guerra y combate?
²⁴ ¿Por dónde se reparte la luz
 y se esparce por la tierra el solano?
²⁵ ¿Quién abre un canal al aguacero,
 un camino a las nubes tormentosas,
²⁶ para que rieguen tierras despobladas,
 zonas desérticas deshabitadas,
²⁷ para que sacien soledades desoladas
 y brote verdor en el páramo?
²⁸ ¿Tiene padre la lluvia?,
 ¿quién engendra las gotas de rocío?
²⁹ ¿De qué vientre sale el hielo?,
 ¿quién pare la escarcha del cielo,
³⁰ cuando el agua se endurece como piedra
 y aprisiona la faz del Abismo?
³¹ ¿Puedes atar los lazos de las Pléyades
 o desatar las cuerdas de Orión,
³² hacer salir a su hora la Corona,
 guiar a la Osa y a sus crías?
³³ ¿Conoces las leyes de los Cielos?,
 ¿aplicas su fuero en la tierra?
³⁴ ¿Levantas tu voz a las nubes
 y la masa de aguas te obedece?
³⁵ ¿Tienes de mensajeros a los rayos?,
 ¿acuden y te dicen: «Aquí estamos»?
³⁶ ¿Quién puso en el ibis sabiduría?,
 ¿quién dio al gallo inteligencia?
³⁷ ¿Quién cuenta las nubes con acierto?,
 ¿quién inclina los cántaros del cielo,
³⁸ cuando el polvo se funde en una masa
 y las glebas se pegan entre sí?
³⁹ ¿Cazas tú la presa a la leona
 o sacias el hambre de sus crías,
⁴⁰ cuando se ocultan en sus guaridas
 o acechan quietos en la maleza?
⁴¹ ¿Quién prepara al cuervo su comida
 cuando gritan a Dios sus crías
 y vagan en busca de alimento?

39 ¹ ¿Sabes tú cuándo paren las rebecas?,
 ¿has asistido al parto de las ciervas?
² ¿Has contado los meses de su gestación?,
 ¿sabes el tiempo en que paren?
³ Se acurrucan y expulsan a sus crías,

JOB

se desembarazan de sus hijos;
4 después sus cachorros crecen y medran,
salen al campo y ya no regresan.
5 ¿Quién deja en libertad al onagro
y suelta el ramal del asno salvaje?
6 Yo le di la estepa por morada,
su territorio en tierra salada;
7 se ríe del tráfago de la ciudad,
no escucha al arriero vociferar;
8 busca en los montes su pasto,
rebusca cualquier hierba tierna.
9 ¿Está el búfalo dispuesto a servirte,
a pasar la noche en tu establo?
10 ¿Puedes atarlo con la soga al arado?,
¿rastrillará las navas tras de ti?
11 ¿Te fiarás de él porque es fuerte?,
¿le confiarás el peso de tu trabajo?
12 ¿Piensas que le harías volver
acarreando el grano a la era?
13 El avestruz mueve alocado las alas,
como si fuesen sus plumas de cigüeña o halcón;
14 abandona en el suelo sus huevos,
los deja incubar en la tierra,
15 sin pensar que un pie puede pisarlos
o una fiera salvaje aplastarlos.
16 Cruel con sus pollos, como si fuesen extraños,
no le inquieta fatigarse en vano.
17 Es que Dios le negó sabiduría,
no le dotó de perspicacia.
18 Pero cuando se yergue en pie
se ríe del caballo y su jinete.
19 ¿Le das al caballo su bravura?,
¿revistes su cuello de crines?
20 ¿Le haces saltar como langosta,
lanzando resoplidos que asustan?
21 Piafa nervioso en el valle,
se lanza brioso al ataque;
22 del miedo se ríe, no teme,
no retrocede ante el arma;
23 en torno silban las flechas,
lanzas llameantes y venablos;
24 inquieto y nervioso devora el espacio,
nadie lo sujeta al toque de trompeta;
25 suena la trompeta y responde con relinchos,
lejos todavía barrunta la batalla,
la voz de los jefes y el grito de guerra.
26 ¿Vuela el halcón porque tú le enseñas,
cuando despliega sus alas hacia el sur?
27 ¿Se cierne a tus órdenes el águila
y hace su nido en la altura?
28 Vive y pernocta entre rocas,
en picachos rocosos se esconde;
29 desde allí vigila a su presa,
de lejos la otean sus ojos;
30 sus pollos se nutren de sangre,
donde hay muertos, allí está ella.

40¹ Yahvé siguió diciendo a Job:
2 ¿Tiene más que decir el censor de Shaddai?
¡Que responda el acusador de Dios!
3 Job respondió a Yahvé:
4 «Hablé a la ligera, ¿qué replicaré?
Mejor si me tapo la boca con la mano.
5 Hablé una vez, no responderé;
dos veces y nada añadiré».

SEGUNDO DISCURSO

Señorío de Dios sobre las fuerzas del mal.

6 Yahvé respondió a Job desde la tormenta:
7 Si eres valiente, cíñete los lomos:
te voy a preguntar y tú me instruirás.
8 ¿Quieres acaso violar mi derecho,
condenarme para quedar absuelto?
9 ¿Tienes un brazo como el de Dios,
una voz potente como la suya?
10 Cíñete, pues, de grandeza y majestad,
vístete de gloria y esplendor;
11 da rienda suelta a tu cólera,
hunde de una mirada al arrogante,
12 humilla de una mirada al soberbio;
aplasta a los malvados donde estén,
13 entiérralos juntos en el polvo,
enciérralos a una en el calabozo.
14 Entonces cantaré tu alabanza:
«Tu diestra te ha dado la victoria».

Behemot.

15 Ahí tienes a Behemot, a quien hice como a ti,
que se alimenta de hierba como las vacas.
16 Mira la fuerza de sus lomos,
el vigor de los músculos del vientre;
17 se empina su cola como un cedro,
los nervios de sus muslos se entrelazan.
18 Sus huesos son tubos de bronce;
su esqueleto, hierro forjado.
19 Es primicia de las obras de Dios.
Su Autor le amenazó con la espada,
20 le vedó la región de las montañas
y las bestias que en ella retozan.
21 Se tumba debajo de los lotos,
oculto en los carrizos del pantano;
22 los lotos lo cubren con su sombra,
los sauces del río lo protegen.
23 En caso de crecida no se asusta,
aunque un Jordán le llegue hasta la boca.
24 ¿Quién lo agarrará por los ojos,
le taladrará el hocico con punzones?

Leviatán.

25 ¿Pescarás con anzuelo a Leviatán,
sujetarás su lengua con cordeles?
26 ¿Le pasarás un junco por la nariz,
traspasarás su mandíbula con ganchos?

²⁷ ¿Te vendrá con largas súplicas
y te hablará con voz humilde?
²⁸ ¿Hará contigo el trato
de ser tu siervo de por vida?
²⁹ ¿Jugarás con él como con un pájaro,
lo atarás para diversión de tus hijas?
³⁰ ¿Lo pondrán en venta los asociados,
se lo disputarán los mercaderes?
³¹ ¿Le acribillarás la piel con dardos,
su cabeza con artes de pesca?
³² Ponle la mano encima:
¡te acordarás de la lucha y no insistirás!
41 ¹ Tu esperanza sería ilusoria,
pues sólo su vista aterra.
² No hay audaz capaz de provocarlo,
¿quién puede resistirle frente a frente?
³ ¿Quién le plantó cara y salió ileso?
¡Nadie bajo los cielos!
⁴ No pasaré por alto sus miembros,
hablaré de su fuerza incomparable.
⁵ ¿Quién le ha abierto el manto de su piel
y ha penetrado por su doble coraza?
⁶ ¿Quién ha abierto las puertas de sus fauces?
¡El terror reina en torno a sus dientes!
⁷ Su dorso son hileras de escudos,
que cierra un sello de piedra;
⁸ están entre sí tan trabados
que ni un soplo se filtra entre ellos;
⁹ se sueldan unos con otros,
forman un sólido bloque.
¹⁰ Su estornudo proyecta destellos,
sus ojos parpadean como el alba.
¹¹ Antorchas brotan de sus fauces,
se escapan chispas de fuego;
¹² de sus narices sale una humareda,
como caldero que hierve atizado;
¹³ su aliento enciende carbones,
expulsa llamas por su boca.
¹⁴ En su cuello reside la fuerza,
ante él danza el espanto.
¹⁷ Si se yergue se asustan las olas,
las ondas del mar se retiran.
¹⁵ Las carnes de su cuerpo son compactas,
tan pegadas que quedan inmóviles;
¹⁶ su corazón es sólido como roca,
resistente como piedra molar.
¹⁸ La espada lo golpea y no se clava,
ni dardo, jabalina o lanza.
¹⁹ El hierro es para él como paja,
madera podrida el bronce.
²⁰ Disparos de flecha no le hacen huir:
las piedras de la honda se vuelven tamo;
²¹ tamo le parece el mazo,
se burla del venablo que vibra.
²² Su vientre, de lastras afiladas,
pasa como un trillo por el lodo;
²³ calienta el fondo como un caldero,

convierte el mar en un pebetero.
²⁴ Deja detrás estela luminosa,
melena blanca diríase el abismo.
²⁵ Nada se le iguala en la tierra,
pues es creatura sin miedo.
²⁶ Mira a la cara a los más altivos,
es el rey de los hijos del orgullo.
Última respuesta de Job.
42 ¹ Job respondió a Yahvé:
² Me doy cuenta que todo lo puedes,
que eres capaz de cualquier proyecto.
³ [Dijiste:] «¿Quién es éste que vela mi designio
con razones carentes de sentido?». Sí, hablé sin pensar de maravillas
que me superan y que ignoro.
⁴ (Escucha y déjame hablar,
te voy a preguntar y tú me instruirás.)
⁵ Sólo de oídas te conocía,
pero ahora te han visto mis ojos.
⁶ Por eso me retracto y me arrepiento
echado en el polvo y la ceniza.

V. Epílogo

Yahvé censura a los tres sabios.

⁷ Después de pronunciar estos discursos a Job, dijo Yahvé a Elifaz de Temán: «Estoy enfadado contigo y con tus dos amigos, pues no habéis hablado bien de mí, como mi siervo Job. ⁸ Coged ahora siete terneras y siete carneros, acudid a mi siervo Job y ofrecedlos por vosotros en holocausto. Mi siervo Job intercederá por vosotros. Sólo en consideración a él no os infligiré castigo alguno por no haber hablado bien de mí, como ha hecho mi siervo Job». ⁹ Elifaz de Temán, Bildad de Súaj y Sofar de Naamat fueron a ejecutar la orden de Yahvé. Y Yahvé tuvo en consideración a Job.

Yahvé rehace la hacienda de Job.

¹⁰ Yahvé cambió la suerte de Job después de haber intercedido por sus amigos, y duplicó todas sus posesiones. ¹¹ Fueron a verle todos sus hermanos y hermanas, junto con sus conocidos, y comieron en su casa. Se lamentaron y le consolaron por la desgracia que le había infligido Yahvé. Cada uno le regaló una moneda de plata y un anillo de oro. ¹² Yahvé bendijo ahora a Job más que al principio, pues se hizo con catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil burras. ¹³ Tuvo también siete hijos y tres hijas. ¹⁴ A la primera le puso el nombre de «Paloma», a la segunda «Acacia» y a la tercera «Frasco de perfumes». ¹⁵ No había en todo el país muchachas más hermosas que las hijas de Job. Su padre las hizo herederas junto con sus hermanos.

JOB

¹⁶ Job vivió después ciento cuarenta años, y conoció a sus hijos, nietos y bisnietos. ¹⁷ Job murió anciano tras una larga vida.